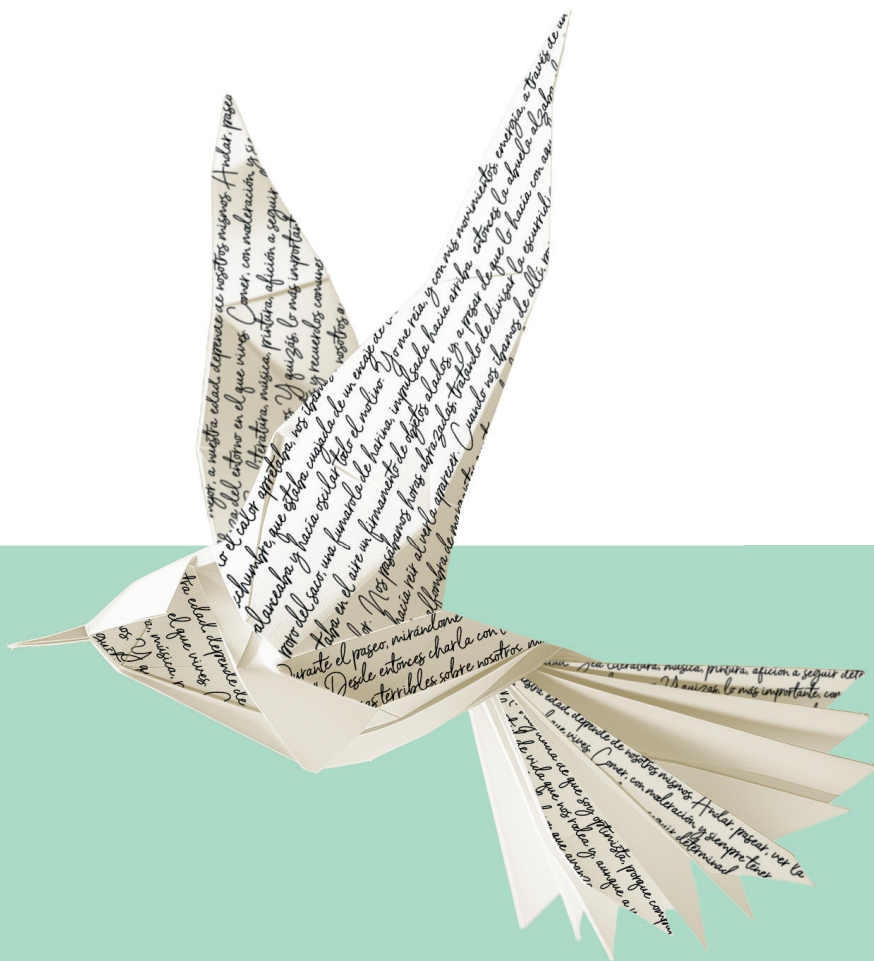


16.^a EDICIÓN
Concurso de Relatos
2024



Dale alas a tu historia

Relatos, microrrelatos y pódcast
finalistas y ganadores
2023–2024

16.^a EDICIÓN
Concurso de Relatos
2024

Dale alas a tu historia

Relatos, microrrelatos y pódcast
finalistas y ganadores
2023–2024



Fundación "la Caixa"

EDICIÓN:

Fundación "la Caixa"

Diseño gráfico:

Cèl·lula, Acció Creativa

Ilustraciones:

Cèl·lula, Acció Creativa

CORRECCIÓ LINGÜÍSTICA:

Solució de Continuitat

IMPRESIÓ:

Studium Talleres Gráficos

© de la edición, Fundación "la Caixa", 2024

Pl. Weyler, 3 – 07001 Palma

D. L.: B 21895-2024

Índice

Presentación, por la Fundación "la Caixa"	7
Presentación, por Radio Nacional de España	10

2023

Primeros premios 2023

La abuela.....	15
Nota en la nevera	23
Yo sí tengo ganas.....	25

Relatos finalistas 2023

Dolores de las entretelas	33
El amor en blanco y negro	35
El escritor.....	37
El retrato	41
Hiedra	45
Los Arnolfini.....	47
Últimas voluntades	51
Una amistad inesperada	55
Vivencia.....	59

Microrrelatos finalistas 2023

Desaparecida	64
El disparo	65
Foto de familia.....	66
Gratitud.....	67

Pódcast finalistas 2023

Adiós.....	69
Diario del Camino Inglés.....	69
Encuentros en la tercera fase.....	69
Sinfonía del cuidador	69

2024

Primeros premios 2024

Volar sin alas.....	73
La invisible	81
Cita previa	83

Relatos finalistas 2024

Al otro lado del bosque	95
El jersey de lana	101

El tilo	105
Hormigas en la boca	111
Las dos maletas	117
Luisa	121
Mooreville.....	127
Tarde de domingo.....	133
Triángulo escaleno.....	141

Microrrelatos finalistas 2024

A cada uno lo suyo	146
<i>Ora et labora</i>	147
Tarde de playa	148
Victoria.....	149

Pódcast finalistas 2024

Ángeles	151
Agustina del Borge.....	151
El bañador amarillo	151
Lo que el tiempo se llevó	151

Presentación, por la Fundación "la Caixa"

El programa de Personas Mayores de la Fundación "la Caixa", con más de 105 años de historia, tiene como misión acompañar a las personas mayores maximizando sus posibilidades de desarrollo personal y facilitando la construcción de relaciones de apoyo que generen oportunidades para la consecución de una vida plena y comprometida con su comunidad. Asimismo, quiere sensibilizar y hacer visible a la sociedad los intereses, necesidades, deseos e inquietudes de las personas mayores poniendo de relieve sus conocimientos, fortalezas y valores.

El Concurso de Relatos escritos por personas mayores pretende impulsar la participación y el papel activo de las personas mayores de 60 años en la sociedad, fomentando el hábito de la escritura y de la lectura, el uso de la imaginación y el desarrollo de la creatividad, al tiempo que visibiliza y pone en valor su experiencia y conocimientos. Sus relatos son el reflejo de experiencias vividas acumuladas a lo largo de los años, de sus valores y de cómo observan nuestra historia y nuestro tiempo.

La Fundación "la Caixa" agradece la colaboración de Radio Nacional de España y de *La Vanguardia*, que permite, año tras año, poder impulsar el concurso por toda la geografía española, así como a todas las personas mayores: autores y lectores, los verdaderos protagonistas.

En 2023 celebramos la xv edición del concurso incorporando una nueva categoría, el pódcast, cuyo objetivo es ofrecer un nuevo recurso actual para promover la participación, el sentido de la escucha, la creatividad, el desarrollo del lenguaje y situar la voz como herramienta de comunicación y de literatura. Además, ese mismo año publicamos el *Manual de escritura creativa*, con claves de escritura para facilitar el apoyo a los participantes.

El concurso tiene sus orígenes en el marco de los talleres de lectura y tertulia participativa Grandes Lectores, que, en los últimos diez años, ha contado con más de 84.000 participantes. Recientemente, se han ido sumado nuevos talleres sobre distintos tipos de escritura, así como de creación de pódcast, con el fin, todo ello, no solo de adquirir conocimientos sino también de promover encuentros para mejorar la comunicación, favorecer las relaciones sociales, la creación de vínculos y espacios de debate para la reflexión, y el desarrollo de la capacidad crítica y creativa de las personas mayores. Estas propuestas, orientadas a fomentar la creatividad y la imaginación de las personas mayores, se imparten tanto en la red de centros propios de la Fundación "la Caixa" como en los de más de 500 centros en convenio con la Administración pública en toda España.

Presentación, por la Fundación "la Caixa"

El concurso empezó en 2009 con la participación de 374 relatos, y no ha dejado de crecer. Este año, en su decimosexta edición, se ha alcanzado la cifra récord de casi 5.200 relatos, microrrelatos y pódcast procedentes de toda España. Ello manifiesta el interés creciente de las personas mayores por la participación, el ánimo de desarrollar su creatividad y su generosidad para compartirla.

El presente libro, *Dale alas a tu historia*, reúne algo más que los relatos, microrrelatos y pódcast finalistas del 2023-2024. Recoge testimonios, recuerdos y, sobre todo, mucha ilusión y deseos de compartir, reflejando experiencias propias o cercanas sobre los recuerdos, el olvido, la familia, el amor, la soledad, la añoranza, la amistad, la pérdida de la memoria o la alegría del reencuentro, así como inquietudes sociales.

La publicación de este libro supone un reconocimiento al trabajo de todos los participantes, finalistas y ganadores del concurso. También supone un agradecimiento a todos aquellos que nos acompañan en la trayectoria del concurso, expresando su ilusión por cada nueva edición, animándonos, de este modo, a mejorar en cada una de ellas.

Presentación, por Radio Nacional de España

Aquí nos encontramos de nuevo, con más ilusión, si cabe. Hace dos años, al terminar la 14.^a edición del concurso recordábamos el éxito de participación. Y ahora, justo al terminar la 16.^a, tenemos que hablar de cómo las personas mayores nos han sorprendido de nuevo, con un récord muy difícil de superar. Prácticamente, duplicaron las cifras de participación.

Y si las personas mayores nos sorprenden y mantienen sus ganas, no vamos a ser menos. Nos ponemos de nuevo manos a la obra para volver a abrir el círculo de la cultura. Se inicia cuando comienza el periodo de recepción de originales, cuando miles de personas se sientan ante un folio en blanco y deciden escribir su relato o microrrelato. O forman un grupo para crear un pódcast, en la categoría que lleva vigente ya dos ediciones, y en esta última con notable éxito. Y se cierra cuando, después de entregar los premios, cada dos años se edita este libro que tiene en sus manos, plagado de historias y repleto de magia.

En esta edición se recogen los finalistas del año 2023 y 2024. En sus obras se observan cambios. La pandemia ya no está presente como lo estuvo en el anterior, hay ganas de olvidar. Los temas se renuevan, los estilos, la imaginación lo colma todo. Siempre con el recuerdo de las vivencias pasadas, y con el presente y el

Presentación, por Radio Nacional de España

futuro de la ficción que nace de cada una de las personas que participa en el concurso.

Y no podemos olvidar un detalle importante, aunque nos tachen de pesados o repetitivos: una vez más, hemos recibido los trabajos desde todas las provincias de nuestro país, incluidas las ciudades de Ceuta y Melilla. Este hecho demuestra una labor vertebradora de la que estamos muy orgullosos en el programa *Juntos paso a paso*, en el que cada semana hilamos con cariño toda la gestión del concurso, en colaboración con la Fundación "la Caixa".

Y en el fondo de todo, la radio. Radio Nacional de España, una referencia para las personas mayores de nuestro país, que se extiende de pueblo en pueblo, de comarca en comarca y hasta los confines más alejados de nuestras fronteras.

Una labor que continuaremos ahora, con la edición de este libro, en el que se recogen finalistas, ganadoras y ganadores, y que entregaremos a todos los que se acerquen a nosotros para enlazar el mundo de la radio, ya centenaria, con el universo de las palabras.

rne

Primeros
premios
2023

Primer premio relato 2023

La abuela

Chelo Cameselle Cabaleiro



Aquel verano iba a conocer a mi abuela. Nada más verla, algo me atrajo hacia ella, y corrí a abrazarla. Y ya no me moví de aquel viejo banco de piedra junto a su mecedora. Enseguida quedé atrapada, no solo por escuchar sus increíbles historias, sino también por los fenómenos que sucedían en torno a ellas. Entusiasmada, por la noche, les conté a mis padres lo que hacía y me contaba la abuela. Esa noche los oí discutir. “Por favor”, decía mi padre, “si es inofensiva”. No volvimos más a Galicia.

Cada vez que pienso en ella, la veo sentada en la mecedora con un palo largo de cerezo en flor en la mano. A sus pies, desde su perfecta atalaya tenía el río y el enorme maizal. Le gustaba ponerse frente al sol, y la mecedora la iba girando con él. En su regazo tenía un pollito de Cloti y una eterna sonrisa que el paso del tiempo premió con una belleza dulce.

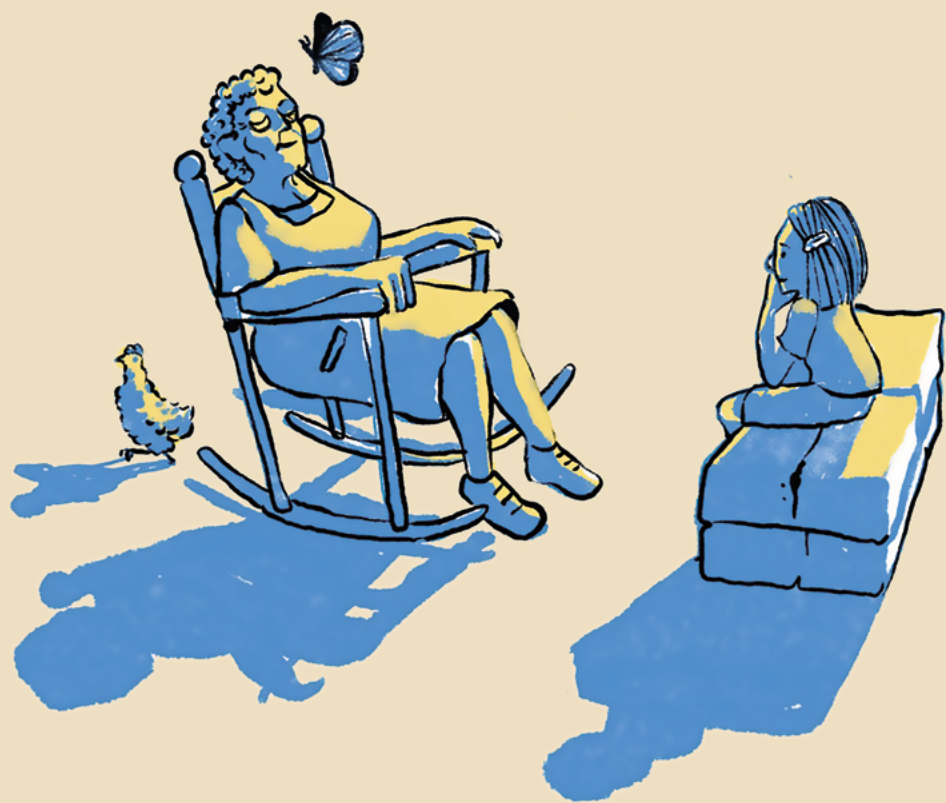
“Pues, sí, Lobita”, así me llamaba. Y me contaba: “Eso fue hace mucho tiempo. De muy niña me mandaron lejos a por huevos para el tío Alfonso, que estaba mal del pulmón, y nuestras gallinas no daban abasto.”

Primeros premios 2023

Mientras me lo contaba, iba dibujando círculos en la tierra con la rama. Yo miraba fascinada aquellos dibujos que brotaban del centro y recobraban vida: flores de colores que desaparecían en el aire, periquitos que se perdían en el maizal, pequeños arcoíris que nos sonreían, y me contaba: “A la vuelta, con los huevos en una cesta, decidí regresar por los árboles saltando de rama en rama, y se hicieron añicos. Mi única escapatoria era Cloti. Me puse hasta de rodillas delante de ella. Hizo un esfuerzo enorme, pero los puso. Después tuve que aguantar sus cacareos a todas horas. Tenía mucha personalidad. Nos hicimos íntimas. Cloti era para mí como Pancho para Nicomedes.”

El palo seguía dibujando. Esta vez, en los círculos aparecían piedras doradas que se precipitaban hacia el río en cascada. Las gotas subían y nos salpicaban la cara; yo abría mucho la boca para saborear aquel sirimiri que sabía a mandarina. “Pero abuela, ¿cómo lo haces?”, le decía, asombrada, y ella me respondía: “¿Lo qué, Lobita?”

Cuando el calor apretaba, nos íbamos al molino a tumbarnos en los sacos de harina; desde allí miraba la techumbre, que estaba cuajada de un encaje de telas de araña blancas: un artesanado bellissimo que se balanceaba y hacía oscilar todo el molino. Yo me reía, y con mis movimientos, emergía, a través de un poro del saco, una fumarola de harina, impulsada hacia arriba; entonces la abuela alzaba el palo y pintaba en el aire un firmamento de objetos alados, y, a pesar de que lo hacía con aquel níveo polvillo, yo veía color. Nos pasábamos horas abrazadas, tratando de divisar la escurridiza araña que, teñida de blanco, nos hacía reír al verla aparecer. Cuando nos íbamos





La abuela

de allí, parecíamos dos fantasmas más blancos que la alfombra de margaritas que tapizaba los alrededores del molino.

Estaba deslumbrada, no quería salir de allí para nada, a pesar del empeño de mis padres por traerme tímidas vecinitas para jugar que acababan por marcharse dado mi escaso interés. El juego de mi abuela era más emocionante, y yo siempre estaba expectante. Solo salimos en una ocasión para comprar roscones. La abuela conocía un horno, cerca del puerto. “Te guiarás por el olor”; y así era, el aroma de la esencia de anís podía con el de la ría. A la vuelta, cruzaremos el mar; “conozco un atajo”, me dijo. Yo solo veía agua: un océano se abría a mis pies. “Es fácil cruzar, conozco las montañas del mar.” Cruzamos aquella ría con los “tenis” en las manos y la falda remangada y una sensación de poder que me hizo sentir única.

Con las mejillas todavía coloradas por el viento, probamos los roscones frente al maizal, que empezó un movimiento ondulante. Una danza de bienvenida de aquellas cabelleras rubias que parecían bailar para ella.

“Muy bien, le encanta hacerse notar”, me susurraba, aplaudiendo.

Todo era sorprendente, pero las siestas las esperaba con expectación. La abuela se mecía, y en ese momento, venían a posarse en la mecedora aves de un colorido intenso y yo contemplaba atónita cómo la acunaban, unas en la cabecera y otras en los pies. Era entonces cuando el maizal empezaba a actuar. Emitían un acompasado murmullo sus cabelleras, al tiempo que una melodía salía del roce de sus hojas y las varas entonaban una cadencia que en el aire se convertía en un “shhh, la abuela duerme”, “shhh, la abuela duerme”. Yo trataba de adivinar de dónde venía aquel murmullo, pero,

Primeros premios 2023

al final, también yo me quedaba dormida. La abuela me enseñó a ver lo diferente sin asombros, y acabé por aceptar las cosas con la misma naturalidad con que lo hacía ella. Y me contaba:

“Al poco de conocer a Nicomedes, tu abuelo, nos unimos en una ceremonia dentro del maizal, solos él y yo. El maizal nos dio un lecho de terciopelo, fue el día más hermoso de mi vida.” Mi abuela era una mujer de gran espiritualidad, a pesar de no comulgar con ningún credo. Decía que la auténtica religión era la bondad. Y me contaba:

“Nicomedes era inventor y trabajó mucho tiempo en una especie de paracaídas horizontal para ayudar a Pancho, el buey, con el arado, pero nunca funcionó. Un día vino una gran ventolera. Aquello se infló de forma preocupante, tanto que Pancho, el paracaídas y Nicomedes se fueron por los aires. Yo gritaba: ‘¡Suéltalo, Nicomedes!’ Solo lo soltó al tropezar con un árbol, y se rompió una pierna. A Pancho lo perdimos de vista. Por la noche, únicamente tu abuelo oía los mugidos de su amigo. De modo que, a la semana y con la pata chula, se fue al monte y localizó a Pancho en lo alto de un manzano. Se había comido todas las manzanas y las hojas. Nicomedes dijo que era la mejor poda que jamás había visto.”

Yo la miraba con los ojos del asombro y la cabeza ladeada, y ella cerraba los suyos y decía con una sonrisa: “¡Ay, Nicomedes, Nicomedes...!” Y en ese momento revoloteaba alrededor de su cabeza un ramillete de mariposas.

Aprendí a callarme las cosas después de oír discutir a mis padres por alguna anécdota que me resultaba imposible silenciar, como la del día que cruzamos el mar. Al poco tiempo hicieron las maletas.

La abuela

Para mí, despedirme de la abuela fue desgarrador. Sentí una orfandad y una tristeza insoportables, y nunca lo acepté. El resultado fue una temprana y terrible rebeldía, y solo el recuerdo de los abrazos blancos, en el molino, y de esa enigmática frase, que la abuela me dijo antes de irme, “volveréis dos lobitas”, me daba serenidad.

Avanzada la adolescencia, me sentí muy mayor para creer en semejantes “tonterías”, y puse en duda todo lo que había visto aquel verano. Aun así, algunas noches, cuando volvía a ser yo, mi mente se iba allí y trataba de entender lo que pasó: quizá aquellas horas de sol me hacían ver lo que no era, quizá la reverberación del río me traía otra realidad, quizá ese enorme maizal era juguete del viento. No sé, pero siempre me quedaba dormida con esa dicha.

Mi camino tomó otros rumbos, no siempre derechos, y parecía que la abuela había sido una anécdota en mi niñez. Sin embargo, cuando tuve la niña y la vida me pasó factura, quise volver y lo hicimos un cálido y largo verano.

Allí estaba, en el mismo sitio. El corazón me dio un vuelco. Me invadió una emoción profunda, e hice enormes esfuerzos por no deshacerme. Sentía una intensa ternura hacia ella y la sensación de no haberme portado bien, y, sobre todo, la desdicha de haberme perdido a un ser extraordinario. Mi hija fue corriendo hacia ella, al igual que hice yo años atrás. La abracé en silencio largo tiempo. Debía de pasar de los cien años. Nos llevó a ver a Cloti (siempre había una Cloti). Decía que llevaba mucho tiempo incubando un solo huevo y que quería compañía. Allí las dejé, y me fui a deshacer las maletas. Cuando abrí el ventanal, mi hija estaba sentada donde yo lo hacía, en el viejo banco de piedra, ahora ligeramente dorado. La abuela dibujaba círculos con el palo en la tierra. Vi como giró la

Primeros premios 2023

mecedora y se puso frente al maizal. Creí observar que se ondulaba, pero también se había levantado viento. Mi hija, al volver, me dijo:

“¿Sabes que la ‘bisa’ nos estaba esperando? ¡Y tenía mariposas en la cabeza!”

Estuvimos allí todo el verano, y mi hija se fundió con su “bisa”. Eran exactas. Dos soñadoras, dos gotas de agua; la risa, los gestos, la bondad... Se adoraban. Tenía la sensación de que habíamos vuelto a casa. Y, sí, nos estaba esperando. Al final del verano, nos dejó. Nos había dicho unos días antes, con la mayor serenidad, que había sido una mujer muy dichosa, que todo había valido la pena. Pero que era el momento de partir, que había venido Nicomedes a por ella, y que estaba cansado de esperarla, y que las cenizas las esparciéramos en el maizal junto a las de Nicomedes.

La noche en que la luna apareció con todo su esplendor e iluminaba, sorprendentemente, solo el maizal, me pareció el mejor momento. Nos subimos al banco de piedra y, desde aquella atalaya, lanzamos al aire las cenizas. Volaron a lo lejos para quedar suspendidas unos segundos en el aire, y se convirtieron en puntos de luz que cayeron como estrellas sobre el rubio maizal, que ejecutó, a continuación, la más cautivadora danza que jamás vi. Me sacó del éxtasis mi hija, que, muy tranquila, me cogió de la mano y me dijo que la “bisa” le había contado que, después del vuelo de las cenizas, nacería el pollito.

A la mañana siguiente, abrí la gran balconada a un día radiante. Mi hija estaba en la mecedora, hacía círculos en el suelo con el palo de cerezo más florido que nunca, miraba cómo bailaba el maizal y en su regazo tenía un pollito al que llamaba Cloti.

Primer premio microrrelato 2023

Nota en la nevera

Gaspar Marqués Gómez



Querida:

El perro habla.

Durante el paseo, mirándome a los ojos, ha dicho “hola”. Desde entonces charla con toda franqueza. Cuenta cosas terribles sobre nosotros, más en concreto sobre ti.

De momento prefiere vivir conmigo. No nos olvides, seguro que te quiere y se le pasará.

Manolo

Primer premio pódcast 2023

Yo sí tengo ganas

Milagros Castellá Llorente



Hola, mi nombre es Milagros Castellá Lorente, tengo cien años y estoy a muy poquito de cumplir ciento uno —la edad capicúa—, que es algo que me hace sonreír, y por eso os voy a leer unas palabras que he escrito sobre lo que significa para mí hacerse mayor y cumplir cien años. Se titula “Yo sí tengo ganas”.

Hace un tiempo, dos amigas me contaron que tenían la triste y común idea de haber perdido la juventud y que esto les quitaba las ganas de vivir. No había duda de que su vida se había reducido a levantarse, comer, acostarse y mirar sin ver a su alrededor. No estuve de acuerdo con ellas y no lo estoy ahora. Por eso vamos a hablar de si es posible llegar a los cien años, pero con dignidad, con esperanzas. ¿Es necesario saludar a los amigos contándoles lo mal que se encuentra uno, y que no ha dormido bien? ¿No es mejor una sonrisa y los buenos días con la convicción de que van

Primeros premios 2023

a ser buenos? Creo que es cuestión de proponérselo. Dejar de pensar tanto en sí mismos y en lo que fueron y quizás ser más objetivos en complacerse por la realidad que hoy tienen, buscando lo que de bueno puedan encontrar.

No hay duda de que soy optimista, porque comparto la plenitud de vida que nos rodea y, aunque a veces me abrume la velocidad con que avanza, nosotros debemos tomar lo mejor que nos ofrece. Claro que nos tenemos que adaptar, y aunque es cierto que a veces es difícil, debemos superarlo con la mente decidida a vivir más, y mejor.

Vivir mejor, a nuestra edad, depende de nosotros mismos. Andar, pasear, ver la belleza del entorno en el que vives. Comer, con moderación, y siempre tener una inquietud. Sea literatura, música, pintura, afición a seguir determinados deportes o a crear algo con las manos. Y quizás, lo más importante, comunicarse con los demás, tener una relación de gustos y recuerdos comunes, aceptándolos tal como son y olvidando por completo lo que nosotros quisiéramos que fueran.

Así que, olvidando el imposible mito, sí podemos plantearnos un par de preguntas. ¿Dónde está nuestro límite? ¿Es posible para nuestro reloj vital empezar donde dejamos aquello que nos gustaba hacer tantos años atrás? Y para contestar a estas preguntas, solo tenemos que pensar tranquilamente en lo que fue ese siglo xx, en el que todos los que estamos aquí hemos nacido y pasado nuestra juventud.

He reiterado alguna vez que fueron fantásticos o increíbles los descubrimientos y avances que se hicieron en ese espacio



Primeros premios 2023

de tiempo, y que las nuevas tecnologías nos cambiaron la vida. Vivimos, afortunadamente, en el siglo XXI y los avances nos llegan también a nosotros, los que hemos pasado ya de la juventud. En Madrid, se ha creado un centro de estudios de envejecimiento con médicos especializados, geriatras, psicólogos, epidemiólogos, sociólogos... y se basan, según su director, en que la vejez no es una enfermedad. Y por supuesto que las enfermedades tienen cura si te atienden. Vivir mejor depende de nosotros mismos y no me cansaré de repetir que esa jubilación, o mejor dicho, esa vejez que a todos nos ha de llegar, es una cuestión de actitud, de cómo nos planteamos el problema. ¿Y por qué?, quizás esa persona sea cuidadosa en el vestir, en su forma de expresarse, en el andar, lo que se llama “expresión corporal”. Puede ser. Pero lo que no es cierto es que quien no representa la edad que tiene es porque ha decidido llevar una vida plena y olvidarse de sus miedos, ese miedo que a todos nos sobrecoge cuando la vida nos presenta algo desagradable. Sin embargo, si lo aceptamos y podemos sobreponernos, no hay duda de que viviremos mejor. Algunos de vosotros tendréis hijos, nietos y habréis oído esas palabras infantiles que sirven para todo lo que molesta hacer: “no tengo ganas”. Y eso es lo que pensamos cuando, antes de levantarnos, descubrimos que nos duele el cuello, las piernas o simplemente que la caminata prevista se nos presenta con esta frase: “no tengo ganas”. Claro que es difícil la elección, pero también podemos pensar que, o nos dejamos llevar, iniciando en ese momento la decadencia que se asocia a la vejez, o bien razonamos: vamos a saltar de la cama. Y vivir con la actitud decidida



Primeros premios 2023

para superar esos achaques, porque hoy la sociedad nos ofrece multitud de posibilidades.

No soy médico, pero sí puedo por mí misma, por mis amigos, por las personas de mi entorno, saber que la vejez llega como una manta que nos acoge y no nos deja apenas respirar. Y esto ocurre cuando tiramos la toalla, el día que no nos interesa salir a la calle, leer un nuevo libro o ver una película de éxito. Dicho en una palabra: cuando aceptamos lo que somos sin querer mejorar nuestra forma de vivir.

Desde la radio de Ballesol Patacona, para toda España,
Milagros Castellá.

Relatos
finalistas
2023

Accésit

Dolores de las entretelas

Aurora Martín Fiz



A Dolores ya de pequeña le pasaba. Un día le dijo a su madre: “Mami, tengo una pupa en el pantalón de pana.” Sus prendas de vestir hacían cuerpo con su propio cuerpo.

Un día llegaba y decía que le dolía un botón: “Debe de estar flojo.”

Los días de humedad le rozaban las costuras y los días secos se le pegaba la ropa, le tiraba la sisa o se le clavaban las puntillas de la enagua. Descubrió que las prendas con viscosilla le producían vómitos y, en cambio, los pijamas de franela la envolvían en un abrazo.

Dolores se convirtió en una experta, aprendió corte y confección y estudió Medicina. Ella misma inventó y se especializó en una rama que no existía. La gente con esa afición de hipersensibilidad en las entretelas acudía con todo tipo de problemas que Dolores, tirando del hilo, siempre remediaba y remendaba.

Relatos finalistas 2023

Que si “el pantalón de algodón me hace levitar”, que “los calcetines de lana me quitan el sueño”, que “los abrigos me dan mucho frío” o que “con las prendas de lino me siento genial cuando estoy hecho un manojo de nervios”.

Un día vino una mujer joven porque las faldas de tablas le producían vértigos y las de tubo le deprimían. Dolores le prescribió utilizar siempre volantes, o le recomendaba con elegancia: “Haz de tu capa un sayo, ¡eso siempre funciona!”

Dolores solía también recibir en su taller a los aquejados de estrecheces, de desgarrones, de largos inapropiados, de cortos, de anchuras innecesarias, de racanería o de llagas producidas por las costuras en pieles sensibles. Las paredes de su taller estaban llenas de retales con tonos y texturas que esperaban en su estante como si de una variada y colorida farmacia se tratara, recomendando las telas de doble ancho o con ancho sencillo, dependiendo de la gravedad de la afección.

Dolores sabía de rotos y descosidos, y así sus pacientes mejoraron en salud y también en estilo y fue precursora en tratar esta rara e insólita afección de la cual ya se tenían noticias por Federico García Lorca, que ya dijo en un famoso poema “Me duele hasta el sombrero”.

El amor en blanco y negro

Carlos Carmelo Reyes Lima



El pasaporte. La foto. El trámite burocrático. Las medidas exactas. Tasadas. Sin o con gafas. En el lugar más urbano, cerca de la comisaría y el requisito de última hora: la bendita fotografía. El enredo de buscar un estudio entre tiendas de sombreros, ropa, librerías, bares y turistas. En una esquina donde el viento dejaba descansar los papeles, las hojas. Un local vacío de perturbaciones callejeras. El milagro, un cartel carcomido: “Foto-Estudio”. En la vitrina, muchos retratos en marcos pomposos y recomidos por el sol. Una de otra actriz en tránsito, posando en una maniobra publicitaria, aprendida en un folletín de moda. Unos niños en la primera comunión. Un cartel que anunciaba “Pasaportes”. Las fotos exhibidas, de muestra, frías y exactas en medida y actitud.

La cámara de dimensiones gigantes como un fósil que esperaba ser despertado. El dueño, viejo, risueño y juguetero. El porte dócil. Psicólogo infantil que arrancaba sonrisas a sus pacientes. El abuelo curandero retrataba el alma. Componía diseñando la

Relatos finalistas 2023

posteridad en colores marchitos. “Ser personas decentes en el exterior. Razón de patria”, decía.

La tienda siempre en desalojo, en mudanza. El veterano de la alquimia se despedía de sus útiles instrumentos mágicos. Tomó la foto. La agitó entre sus manos. Esperó que la tira de papel se secara. Me miró a los ojos, como se mira cuando dicen verdades. Sin preguntar. Sin ni siquiera saber, se me confesó. “Soy fotógrafo por accidente. En mi primera comunión, al ver la instantánea del grupo, yo no salía en ella. Yo no aparecía entre mis amigos. Soy reportero para que aparezcan todos los niños del mundo en la fotografía. Es más, mi venganza es no dejar a nadie fuera.” Continuó: “Venga, mire.” Me mostró una foto, un Teatro Cine, La Metrópoli; en su marquesina anunciaba: “Una mujer cualquiera con María Félix. ¿Viernes o domingo?”

¿1950, 1940? Con las puertas cerradas, varias personas, esperando, contemplando la cartelera. En el margen izquierdo, una niña sentada en expresión triste con una cesta de chucherías. El fotógrafo dijo: “Esa jovencita no estaba allí cuando la tomé. Aparece siempre que cuento esta historia. Ella es mi conciencia o mi venganza.” Salí con las fotos en las manos y el orgullo en la sonrisa.

Traté de regresar, los pasaportes tienen caducidad. El sitio y el fotógrafo desaparecieron. Esta mañana pasé por un bar con su nueva decoración, muy a la antigua, muy moderno, y la misma foto del teatro colgada de la pared detrás de la barra. Al tomarme la caña, apareció la niña pobre y, en la vitrina de la venta de chucherías, una sombra, el reflejo del viejo fotógrafo con su cámara AGFA Synchron Box, vengando a todos los que no salimos en las fotos.

El escritor

Glòria Vendrell Balaguer



Cuando el escritor subió al tren, recordó que debía acabar el relato para el concurso, de manera que le pareció buena la idea de aprovechar el largo trayecto que tenía por delante para poder terminarlo.

El sueño acumulado por el desvelo nocturno, a causa de aquella pesadilla recurrente, solo le permitía un estado de alerta muy precario, y por ese motivo no advirtió la presencia de aquella figura acurrucada en un rincón, que parecía una bestia feroz a punto de saltarle al cuello y clavarle las garras sin piedad a cualquiera que se le cruzase.

Cuando el escritor se dio cuenta fue demasiado tarde, a derecha y a izquierda, el vagón estaba vacío... Con instinto protector, buscó, con avidez y con la mirada, algún objeto lo suficientemente fuerte como para arrearle un buen estacazo en caso de necesidad. La figura tenebrosa seguía envuelta en su propia sombra, pero al darse cuenta de que dormía, la amenaza le pareció menor.

Relatos finalistas 2023

Se tomó un respiro y calibró varias cosas: ¿qué era aquello? ¿Se despertaría? ¿Le atacaría? ¿Podría bajar del tren en el siguiente apeadero?, y en ese caso... ¿tendría tiempo de acabar el relato para el concurso?

Sumido en sus incertidumbres y temores, pasó de largo, no solo del siguiente apeadero, sino de todos los siguientes. De todas formas, la figura tenebrosa seguía durmiendo.

Se despertó sobresaltado, con rastros cardíacos sobresaltados también, porque no era la primera vez que se repetía aquel extraño sueño: un tren, un relato a punto de acabar, una figura tenebrosa en el rincón, un apeadero que nunca llegaba...

Pensó que podría ahuyentar la pesadilla si se disponía a convertirla realmente en un relato, de manera que abrió el portátil y, a la luz azul violeta que surgía de la pantalla y que le robaba la melatonina necesaria para conciliar el sueño, tecleó un largo tiempo, sin saber demasiado ni lo que escribía ni lo que quería escribir. Él, que no hacía nada sin meditar, que no abordaba ninguna tarea sin antes haberla organizado y pensado bien, dejó que las palabras fluyeran solas, como si sus dedos tecleantes obedecieran a alguna emoción inexplicable.

Sumido en la ficción no se percató de que había escrito, no una hora ni dos, sino hasta el alba...

El escritor

Después de algunos meses en los que se fue repitiendo el mismo ciclo de pesadilla-relato, todos los días subiendo al tren solitario, todos los días urgiéndole la necesidad de terminar lo inacabado, todos los días un viaje sin descanso, todos los días aquella figura inquietante... algo cambió.

En el sueño, el escritor, acercándose con recelo, advirtió (o le pareció) que aquella sombra acurrucada en el rincón nunca podría hacerle daño porque en realidad no existía, porque solo era un producto onírico, una proyección de sus miedos e inseguridades... Se le acercó más, le tomó la mano, le levantó el semblante escondido y le habló.

Esta vez no le despertó el sobresalto ni la sudoración provocada por el ritmo cardíaco acelerado, se despertó porque sí, sin más, pero igualmente siguió con la rutina aprendida, abrió el portátil y, a la luz azul violeta que surgía de la pantalla y que le robaba la melatonina necesaria para conciliar el sueño, tecleó un largo tiempo... Pero como en esta ocasión sí sabía qué quería escribir, aprovechando los escritos antiguos, que ahora le parecían interesantes, narró largo y tendido sobre un hombre que, agazapado en sus miedos, atrapado por la inseguridad que le había otorgado una historia personal algo complicada, emprendía un viaje en tren acompañado de todo ello y que acababa llegando donde siempre había querido ir, después de haber conversado con ellos, con sus miedos, los que habían permanecido ocultos bajo el aspecto amenazante de una figura acurrucada

Relatos finalistas 2023

en un rincón, parecida a una bestia feroz a punto de saltarle al cuello y clavarle las garras sin piedad a cualquiera que se le cruzase, pero que ahora, inexplicablemente, le parecía amiga y compañera de viaje.

El retrato

Encarnación Narváez Ruiz



Mi mujer siempre quiso que le hicieran un retrato al óleo. Para tenerla contenta contraté a un profesor de la escuela de arte. Como Adela no se contentaba con facilidad, di instrucciones al artista, que tuvo la deferencia de corregir aquellos rasgos que nos parecían demasiado duros: acortó la mandíbula, pronunció los pómulos, agrandó y separó los ojos, suavizó el arco de las cejas y dibujó una sonrisa abierta y una nariz respingona que daba al rostro un aire juvenil y simpático. Ella quedó satisfecha y lo colgó en el salón. Yo me olvidé del asunto.

Pero cuando regresé del entierro, agotado por la pena, los desvelos, los pésames y el calor sofocante de aquel julio nefasto, me tumbé en el sofá con los zapatos puestos. Entonces observé algo extraño en la pintura: unas pequeñas arrugas se habían dibujado entre las cejas de Adela. Salté del sofá y la miré de cerca sin percibir nada especial. Deduje que era una ilusión provocada por el estrés.

Relatos finalistas 2023

Sin embargo, a partir de ese momento, el lienzo me inquietaba. Me di cuenta de que aparecían pinceladas en el entrecejo cuando, después de comer, me echaba la siesta y no fregaba los platos, pisaba la alfombra con las botas sucias o salía a la calle sin afeitarse o con la camisa arrugada.

Para evitar el fenómeno, procuraba mantener la casa limpia y ordenada y salía hecho un pincel. Si notaba las líneas oscuras, sabía que algo estaba fallando y corría a por la aspiradora, el plumero o la fregona.

Una mañana que caminaba por el parque equipado con el chándal azul y las zapatillas de deporte que años atrás me regaló Adela, ocurrió algo que cambió mi rutina.

El otoño había llegado tarde pero potente. Los colores ocres dominaban el ambiente con una belleza melancólica.

Me paré un momento para observar un cerezo, cuyas hojas amarillas, naranjas y rojas se resistían a abandonar, cuando una mujer, enfundada en un abrigo gris, resbaló y cayó junto a mí. Acudí a socorrerla y la ayudé a incorporarse. Levanté la vista y me gustó lo que vi: una media melena castaña que enmarcaba un rostro delgado y pálido, una mirada entre tierna y sensual y unos labios que me sonreían con naturalidad a pesar de las manchas de barro y verdín que aparecieron en su abrigo.

—¿Está bien?

—Sí, gracias. Creo que no llevo el calzado adecuado para andar por este lugar. —Me señaló unos zapatos de punta fina y unos tacones que podrían convertirse en la causa de más de un esguince.— Soy un desastre, pero creo que podré llegar a la salida.

El retrato

—Puedo acompañarla, por si resbala. La salvaría de un nuevo batacazo.

La sonrisa se convirtió en una risa alegre y una emoción nueva invadió mi garganta hasta hacerme reír.

—Gracias. Me llamo Mariana.

Extendió el brazo y estrechamos las manos sin dejar de mirarnos a los ojos. Observé alrededor de los suyos numerosas patas de gallo. Concluí que se había reído mucho a lo largo de su vida.

—Yo soy Miguel.

La agradable compañía alargó el tiempo del paseo. Llegué a casa pasada la hora de comer y eché una ojeada al cuadro con cierto temor.

Encontré las arrugas más profundas que nunca y las cejas casi se unían a la nariz. Miré a mi alrededor. Todo permanecía ordenado y limpio. El aroma a pino dominaba la estancia. Acaricié mi barbilla y no noté ningún pinchazo, estaba bien rasurado.

Preparé una ensalada de lechuga y atún y me senté frente al cuadro. Abrí un paquete de patatas fritas y un tercio de cerveza que bebí de la botella. Después dejé todo en la mesa y me dormí en el sofá con el sonido de la televisión de fondo.

Soñé con Mariana, la simpática desconocida. Nos besábamos tumbados en la arena frente a un mar embravecido. Un pájaro negro volaba sobre nuestros cuerpos desnudos.

Me desperté sudando. Ya era de noche. Olía a vinagre y a alcohol. Encendí la lámpara de pie, que iluminó el cuadro. Las cejas de mi mujer eran como el pájaro del sueño, sus ojos se habían oscurecido y brillaban con intensidad. Parecían querer

Relatos finalistas 2023

taladrarme. Los labios se habían estrechado y la sonrisa había desaparecido. Noté una punzada en las sienes y un sabor amargo en la boca. Sin pensarlo, me levanté y descolgué el lienzo. Miré por la ventana, aún quedaba mucho para que pasara el camión de la basura. El contenedor estaba esperando.

Hiedra

Macu García González



Me gusta la hiedra que cubre la pared de la casa de mi abuela.

No me gusta la enredadera que penetra en mi cabeza muchas de las veces cuando papá está en casa.

La de mi abu es de hojas verdes y jugosas, trepa por la fachada y oculta las grietas que el tiempo y el frío producen en ella.

La de mi casa no.

La nuestra es de hojas de color verde oscuro, casi negras, y produce grietas en la cara de mamá. Ella las oculta con maquillaje y lágrimas.

Mientras crece a gran velocidad ese maldito ramaje trepador que invade nuestro hogar yo escucho palabras no bonitas y, a veces, también golpes cuando él tropieza contra los muebles.

Su presencia es irritante y me produce una quemazón intensa en el cuerpo que me obliga a rascarme hasta hacerme unos arañazos sangrantes.

Me pica mucho más cuando no puedo ir a rescatar a mamá de esa invasión terrible de la hiedra venenosa que lo ocupa todo.

Relatos finalistas 2023

Estoy aterrado especialmente cuando él, de un portazo, cierra la puerta de la habitación donde pasan cosas terribles.

Un día busqué en Google cómo se mata a una hiedra venenosa y decía que a partir de los 1.500 metros de altitud la planta se muere. Ese dato es de gran ayuda.

Desde entonces, estoy preparando una excursión a la montaña.

Mamá y yo subiremos juntos cuando él esté despistado y al llegar a 1.501 metros estaremos a salvo.

Imagino la hiedra extendiéndose por riscos y rocas justo hasta la barrera infranqueable.

A nosotros a esa altura ya no nos dañarán sus garras.

Las hojas se abrasarán ante nuestros ojos.

Primero serán negras, después muy negras. Luego se retorcerán sobre sí mismas y, consumidas por su propio veneno, morirán una a una y esa muerte irá bajando por toda la trepadora hasta la raíz y desaparecerá para siempre.

Luego mamá y yo, libres de ella, libres de él, descenderemos de la cumbre de la montaña para regresar los dos a casa, seguros de que nadie producirá grietas en el dulce rostro de mamá, ni arañazos en el mío.

Los Arnolfini

Celestino Hernando Castro



Siempre he sido una persona encogida, de pocas relaciones y de distracciones solitarias. Ya, desde muy joven, tenía entre mis preferencias para divertirme la lectura, sobre todo las novelas, las inglesas especialmente. Mi favorita de siempre: Jane Austen. Me pasaba muchas tardes en casa, en Madrid, leyéndola.

Su poder de observación me empujaba y también su ironía permanente hacia los matrimonios de conveniencia. Quería ser como ella y poder escribir o ser un personaje de *Emma* o de *Sentido y sensibilidad* o de *Orgullo y prejuicio*... Algunos capítulos de sus novelas los leía y releía con calma y devoción.

A mis veintitrés años, con la carrera universitaria recién acabada, me fui a Londres; lo hice con más precipitación que sosiego. La ciudad me pareció, así de repente, una humareda abigarrada de gente, salida de cualquier sitio, como si fuera una tormenta inesperada. Los británicos se pierden caminando por

Relatos finalistas 2023

unas calles que tejen, sin darse cuenta y sin cesar, una entropía memorable. Nadie se para a mirarte; es un mundo de ajenos en tránsito. El enjambre lo notas más en el centro, especialmente en las proximidades del puente Westminster, donde te tienes que entregar a las muchedumbres como uno más.

Yo había vivido sola con mi padre, unos años de infancia y de adolescencia, en Ciudad del Cabo, donde aprendí mucho inglés y estaba habituada al mundo de las grandes ciudades, pero Londres es otra cosa.

En aquel maremágnum de ciudad, yo no abandoné mi afición a la diversión literaria y Austen siguió ahí, a mi lado, como fiel compañera de mis ratos. Muchos domingos, desde la estación de Paddington, en Londres, me acercaba a Bath. En esa ciudad termal Jane Austen dio vida a sus mejores novelas. Yo trataba, en vano, de encontrar lugares o imaginarios personajes citados en sus obras. Quizás pensaba que el amor llegaba como en los capítulos de los libros, al volver la hoja, y que la soledad se me escaparía.

Tres años después de mi llegada a Inglaterra, cuando yo ya había cumplido los veintiséis años, las cosas cambiaron felizmente para mí.

Camino de casa, un húmedo día otoñal, entré en la National Gallery, directamente a la sala 56, la del flamenco Van Eyck, para ver una vez más el cuadro del matrimonio Arnolfini, una de mis preferencias y uno de los mayores atractivos de la galería. Como digo, ya tenía veintiséis años y aún no me había visitado el amor de las novelas.

Los Arnolfini

Al disiparse una nube de turistas asiáticos que llenaba la sala, habíamos quedado solas dos personas. Una cita imaginaria tuvo que ser la causa de la coincidencia, pero ahí estaba él, estaba mi porvenir, mi después. George apareció de pie a mi lado estudiando el lienzo. Alguien que iba a darle una vuelta de tuerca a mis sueños juveniles.

El retrato de los esposos Arnolfini es una pareja de pie, en su alcoba, en actitud muy ceremoniosa. Está lleno de los simbolismos que se pintaban en esa época, en el siglo xv: los zapatos, el perrito, el color del vestido, las naranjas y esas cosas de aquellos talleres. Realmente esos detalles se escapan y se ocultan al entender del visitante, a no ser que vayas a verlo informado de su significado.

El instante del cuadro es cuando el esposo bendice a la mujer, que le ofrece su mano derecha, mientras ella apoya la izquierda en su vientre hinchado; quizás, o seguramente, ella estuviera encinta al momento de posar para el pintor.

A George algo en mí le llamó la atención y se me acercó algo más, inclinó algo la cabeza y, señalando con el dedo a la pareja, me dijo algo así: “El marido está bendiciendo a su esposa; tiene el aspecto de estar alegre porque la ve embarazada.”

A primera vista el chico me pareció un personaje bastante atractivo: unos veinticinco o treinta años; llevaba el pelo muy desordenado, mostraba aire intelectual y me miraba con mucha intensidad, lo que me encogía. Vestía con algún detalle y tenía aire de poca timidez. Todo brotó en ese instante como una explosión y así se creó un momento de belleza y ternura para mí en la sala.

Relatos finalistas 2023

Así que, de un modo tan sencillo y casual, entre la pintura flamenca del museo, nació nuestra relación de amor: delante de un cuadro de dos esposos. Fue como si los Arnolfini hubieran estado esperando nuestra visita para bendecirnos y hacernos también pareja para siempre.

Últimas voluntades

Juancho Plaza Gómez



Tan sorprendido como yo estaban mis hermanos. Ni nos habíamos imaginado que mamá hubiera contratado a un albacea para repartir su herencia, ni que nos reuniera, precisamente, en el piso en el que habíamos vivido con ella hasta que, cada uno a su tiempo y su manera, abandonara el nido. Entre todos lo habíamos convertido en un trastero. Desde que la pobre empezó a no poder valerse por sí sola y nos vimos obligados a recluirla en un asilo, unos y otros habíamos llevado hasta allí cualquier mueble, trasto o cachivache que estorbara en nuestras casas o en nuestras vidas. Entrar en el que había sido el hogar de todos nosotros, un hogar feliz no hacía tanto, era como penetrar en la antesala del abismo, un paso intermedio entre la tierra y el infierno, un purgatorio inverso. Al abrir la puerta un olor inhóspito sale a recibirte, un olor que se puede asemejar al del azufre pero que en realidad emana de los restos putrefactos de nostalgia que se acumulan, como rodales de polvo, por todos los rincones.

Relatos finalistas 2023

Cuando llego, Eva y Clara, mis hermanas, esperan cerca del portal con un hombre medio calvo y regordete al que yo no reconozco. Hace fresco, pero el desconocido descubre la calidez en sus miradas y se adelanta a presentarse. Le suda la mano, pero aprieta la mía como quien ha aprendido a hacerlo sin complejos, la estruja y la cubre de una pátina viscosa. En cuanto logro zafarme me abrazo a mis hermanas; las quiero, claro, aunque nos hayamos distanciado. No puedo evitar restregarme la pringue en el paño de sus chaquetones. Las beso y, mientras tanto, aparece Daniel, el pequeño; siempre llega tarde. Nació cuando mamá abrazaba ya la menopausia y jamás consiguió librarse de ese estigma. Le bautizaron cuando casi tenía un año: primero aplazaron las santas aguas por unas fiebres repentinas, después por una intolerancia, después porque una crisis de vocaciones había dejado al barrio sin un párroco que organizara los oficios de la iglesia. Y así, durante el resto de su vida, fue acumulando retrasos sin que ello le impidiera permanecer en todo caso bajo el manto protector de la fortuna, ser el favorito de mamá, librarse, diríase que sin querer, de los malos tragos que de una u otra forma bebíamos los demás. Subimos a la casa sin que tenga que sufrir el untuoso apretón del albacea.

Eva, para eso es la mayor, se adelanta llave en mano y franquea los cerrojos que mantienen este santuario de tres habitaciones, salón comedor, cocina, baño y terraza a salvo de la avidez de los okupas. Tras la puerta el mismo perfume consanguíneo de otras veces nos espera. Observo con placer como al entrar se arruga la cara rechoncha del fedatario y doy por consumada una

Últimas voluntades

pequeña e inesperada venganza. Pasamos al salón. Un ejército de platos y de vasos, de cazos y sartenes, de figuras de porcelana y jarrones de todos los estilos se extienden por las sillas y las mesas. Hordas de juguetes y de cuentos, de trajes anticuados, de mantas y de sábanas ocupan el tresillo. Bandadas de libros de texto, de diccionarios enciclopédicos, de clásicos de la literatura, de revistas de cómo decorar una casa, de *jazz* y *rock'n'roll*, de viajes y de moda y también del corazón, hibernan en los estantes de la librería. A duras penas liberamos cinco sillas y la mesa familiar de una vajilla propiedad de Clara, de varios teléfonos que atesoran el polvo de una década, de un pastorcillo y un par de bailarinas que imitan las figuras de Lladró, de las toallas que compré en Portugal justo antes de que ingresáramos a mamá. Un menú de recuerdos aparece de repente. El cordero navideño al que tan bien sabía dar el punto nuestra madre, las *fabes* con almejas con las que nos deleitaba los domingos más fríos del invierno, la paella, con sus tajadas de pollo y con sus gambas, sus cangrejos y el arroz algo pasado, como le gustaba a nuestro padre cuando todavía estaba vivo, hace ya tanto. De flanes y torrijas, de risas y peleas alrededor de una mesa que parece una máquina del tiempo. La enorme cartera que deposita el custodio de nuestro legado sobre el falso tablero de nogal nos devuelve a la realidad. Tomamos asiento y una prole de papeles amarillentos y rugosos, repletos de sellos y de pólizas y encabezados por letras capitales escapan del cuero del portafolios como si quisieran evitar el tacto grasoso de las manos del jurista, que los atrapa sin remilgos y procede a leer de forma solemne. Tal vez nos

Relatos finalistas 2023

haya podido la añoranza o un tierno sentimiento, el caso es que hemos empezado a mirarnos sin prestar atención a las palabras que expulsaba el leguleyo, ignorantes del verdadero tesoro que nuestra madre había guardado durante todos estos años. En un doble fondo del colchón de su cama escondía los chupetes de los cuatro, los dientes de leche que el ratoncito Pérez canjeaba por dinero, el cordón umbilical de cada uno de nosotros, mi primer carné de identidad, el título de arquitecto de Daniel, las arras de la boda de Eva, los poemas que Clara creía haber perdido y otras riquezas que no podían más que interesar a la avaricia de una madre. Firmamos sin más el testamento y quedamos en deshacernos de todos estos trastos antes de poner la casa en venta.

Una amistad inesperada

Clementina Durán Castel



He llegao toa acalorada y le he dicho: “¡Uf! No sabes cuánto m’ha costao llegar hoy hasta aquí. Pero como sé que tú no puedes venir a la mía casa, a mí no me importa salir corriendo con tal de poder pasar un rato contigo. ¡Aquí es todo tan bonito y huele tan bien! Tú también hueles muy bien y me encantan tus vestidos. Toos los días son diferentes. ¿Me dejas tocarlo? ¡Oooh, qué suave! ¿Y sabes lo que más me gusta? Lo bien peinada que vas. Me da mucha envidia tu pelo tan rubio y tan suave, no como el mío, que está siempre encrespao. Y luego están tus padres: ¡Ya me gustaría que los míos fueran así: tan elegantes, con esa ropa... ¡y esta casa! Yo no tengo árboles en mi calle y aquí tienes unos jardines enormes.

”También me gusta cómo hablas. Me imagino que en tu casa todos hablan así. En la mía casa y en la calle hablamos a voces. Y no se parecen en nada a esto: duermo en una habitación con mi hermana y solo tenemos un ventanuco.

Relatos finalistas 2023

”Yo sé que siempre voy a vivir allí, por eso venir a verte es como encender una vela por la noche porque se sale de la oscuridad. Cuando digo en casa que me gustaría ver las calles de otros países, como Alcalá de Henares o El Escorial (que tú los conoces), mi madre y mi abuela me dicen que eso es soñar y que tengo que acostumbrarme a pensar que no puedo salir de mi barrio para vivir en un sitio como el tuyo, pero sí que me gustaría porque, aunque tus padres sean tan exigentes como dices, ojalá fueran los míos y que el ventanuco de mi casa se convirtiera en una ventana con sol y geranios. Cuando me dijiste que tenías muchos espejos, me acordé de que yo solo tengo uno pequeño colgado en la pared con una cinta arrugada.

”Lo que no sé es cómo te gusta hablar conmigo a pesar de estas fachas que llevo, pero, desde que te conozco, noto que te ríes más, aunque muchas veces te tapas la boca para que no nos oigan. Ya sabes que yo estoy acostumbrada, desde que nací, a hablar a voces con los niños de la calle, y aquí tengo que aguantarme porque todo esto es muy diferente del mío barrio (sí, sí, ya me has dicho que se dice *mi barrio*) y hablamos muy diferente, como de otro país. Por eso, a veces, tienes que pedirme que te explique lo que digo. Pero ¡yo también necesito que me aclares lo que dices porque suena muy bien, pero tampoco te entiendo! En el mío barrio, bueno, mi barrio, todo se habla a voces. Yo tengo muchas amigas, pero, no creas, solo estoy feliz aquí contigo. A ti te gusta que te cuente estas cosas. A mí me gustaría tener unos padres como los tuyos que me hablaran con palabras, no con gruñidos cuando llegan cansados a casa. Y ni siquiera voy a una escuela, solo a veces voy a un patio ande una abuela que lleva el moño siempre despeinado nos

Una amistad inesperada

enseña canciones y nos cuenta cuentos, siempre de princesas y palacios. A mí lo que me gusta de verdad es encontrarme contigo y que me cuentes cosas de cómo vives y cómo es la gente que te rodea, de tus viajes, y de tu habitación y tu cama con sábanas siempre limpias y esa cosa que tiene encima (dosel, la llamas-te). ¡Qué gracia, qué palabra tan rara! Yo nunca tendré uno. A lo mejor sí que tendré un espejo grande, pero no una cama mullida con sábanas finas. Y, seguramente, cuando pase un poco de tiempo, no podré tener una amiga como tú, porque ya no podré venir corriendo a pasar un rato contigo.

”Ahora me marcho, pero volveré y, entonces, te preguntaré muchas cosas. ¡Adiós!”

Acaban de avisarme de que es la hora de la cena. Tardan tanto en cambiarme de ropa que me enfado. Los criados intentan hacerme razonar, pero desde hace ya tiempo no me gusta que me agobien tanto.

Aún recuerdo cuando estábamos reunidos aquí mismo hace unos cuantos años, yo tendría cinco, o seis, y me obligaban a permanecer quieta y en silencio durante largos ratos. De vez en cuando, me dejaban salir a pasear un poco por los jardines, y entonces me sentía más a gusto y solía escabullirme entre los árboles para que me dejaran tranquila...

No sé cómo llegó hasta donde yo estaba. Me asusté y se asustó.

“Me llamo Pepita. Por favor, no le digas a nadie que me has visto.” Le hice bajar la voz, yo tampoco quería que me descubrieran hablando con alguien extraño. Cuando se lo dije, desapareció tal como había llegado. ¿De dónde habría salido? Días después, y cuando menos lo esperaba, volví a encontrarme con

ella. No podía venir a diario y siempre lo hacía de repente y se marchaba en cuanto oía voces llamándome.

Esto duró mucho tiempo, porque yo ya he cumplido diez años, pero he sido muy feliz al poder contar con ella y oírla hablar de cosas que yo no puedo imaginar ni ver. Ella dice lo mismo y las dos nos hemos ido alimentando de alegría durante años. Pero, aunque haya pasado el tiempo, yo sigo como presa en mi propia casa; solo con Pepita he salido de este encierro y he conseguido reírme igual que lo hace ella.

La espero cada día, pero ya no viene tanto. Suele decirme que, según su familia, jamás podremos ser amigas porque su barrio y mi mundo son diferentes. Y debe de ser verdad.

¡Oh! ¡Acaba de llegar! Hoy sin falta voy a decirle que todos los que me rodean me tienen cada vez más controlada, y que temo que nos descubran y ella tenga que salir corriendo.

“Me gustaría volver, pero cada día es más difícil porque mi madre y mi abuela me dicen que no debo salir del barrio.”

“No te vayas tan deprisa. Es mi mejor rato del día. Yo estoy atrapada aquí.”

“Un día, lo sé, dejaré de venir, aunque no lo quiera.”

Me ha costado mucho decirle que debo volver enseguida al salón donde me aguardan, para siempre, las meninas, Salomón (el enorme mastín que se inquieta en las esperas porque ya está viejo), el señor Velázquez con sus pinceles y Sus Majestades, bueno, mis padres, que son esclavos de la puntualidad. Y yo tengo que ocupar mi puesto.

“Adiós, Margarita.”

Vivencia

Carmelo Sanchez López-Tello



...y volvieron banderas victoriosas a ondear al ritmo que les imprimía el viento. A su vez los niños debían de cambiar algunas frases aprendidas, como “salud, camarada”, por otras que tampoco comprendías, “arriba España”, arriba a dónde.

Sus hábitos no cambiaron, únicamente se vieron incrementados por otros que traían niños procedentes de lo que había sido la otra zona.

Por aquel entonces la calle Floridablanca comenzaba en la plaza del Carmen, donde se situaba el cine Iniesta y la fachada derecha de la parroquia del Carmen, y terminaba en el Royo ya que, a continuación, comenzaba la huerta murciana. Hacia el centro de aquella avenida se encontraba el callejón de la Formalidad, un trozo de calle sin asfaltar o adoquinar, por lo que era el paraíso de unos pocos niños de escasa edad que a la salida de la escuela o del colegio se reunían allí para jugar. El callejón permitía que le hicieran hoyos para jugar al gua, le clavaran

Relatos finalistas 2023

navajas o limas en un cuadro imperfectamente señalado o se jugaran partidos de fútbol con pelotas de trapo que no botaban. Pencho, el nieto de don Fulgencio, era un sin precio en la fabricación de este tipo de pelotas ya que, aun sin un efecto evidente, en el corazón de estas colocaba una tirita de goma hecha bolita procedente de una cámara de rueda de bicicleta que él guardaba cual reliquia de santo en iglesia.

Mas todo esto poco tuvo que ver con la aparición en la vida de Pencho de un niño de su misma edad que, sin saber ni cómo ni por qué, súbitamente y de tarde en tarde, llamaba a su puerta y sin más comentarios decía: “Ven, vamos”, y echaba a correr en una dirección que él solo sabía.

Aquella mañana sonó la campanilla de la casa y allí estaba él con su camisa blanca y su pantalón corto azul y una sonrisa tan espléndida que hasta parecía tener música. “¡Ven!”, dijo, y cogiendo de la mano a su amigo echó a correr. Corta fue la carrera y sin más miramientos entraron en una casa de reducido zaguán con puertas a derecha e izquierda y del que partía una escalera que conducía al pasillo del primer y único piso de la sencilla casa. Al terminar de subir la escalera y alcanzar el rellano encontraron una puerta abierta de par en par que daba paso a un dormitorio. En una de las paredes mostraba una lámina con la imagen de Nuestra Señora la Virgen del Carmen rodeada de un sencillo marco de color azul. Bajo este cuadro, una cama de cabecero de hierro pintado de negro y con dos grandes bolas doradas en la parte superior de sus laterales. Sobre dos mesitas de noche colocadas a ambos lados de la cabecera de la cama,

Vivencia

unos candeleros con sendas velas encendidas provocaban un ambiente sofocante.

Sobre la cama cubierta con una sábana blanca inmaculada el cuerpo rígido de una mujer muy joven de pelo rubio y piel blanca. Cerrados estaban sus ojos y llamaba la atención el color negro de los labios. Una camisa azul y una falda blanca cubrían el cuerpo de la malograda muchacha. Calcetines blancos y zapatos negros completaban su indumentaria. En el lado izquierdo de la camisa, en el lugar que había latido el corazón, se apreciaba un escudo con cinco flechas y un yugo que había sido bordado en rojo.

Era sobrecogedor el silencio y la serenidad que imperaba en la habitación, únicamente las oscilaciones del pábilo ardiendo de las velas rompían la quietud. Sentada en una silla de anea junto a la cama, una mujer de edad difícil de precisar miraba a la mujer joven muerta y retorció un pañuelo húmedo de lágrimas. De vez en cuando con su mano libre arreglaba la boina roja que, sobre el hombro izquierdo, sujeta por una hombrera, daba un punto de color a la escena.

Los niños, de nuevo cogidos de la mano, contemplaban atónitos la escalofriante escena de la muerte. Nada habló la mujer, nada dijeron ellos. Únicamente el amigo de Pencho susurró: “Tiene los labios negros”, y la mujer se inclinó levemente sobre el lecho, y con un movimiento brusco de la mano que sostenía el pañuelo húmedo de lágrimas, espantó negras moscas que después de un breve vuelo volvieron a posarse sobre los rojos labios de la muchacha.

Relatos finalistas 2023

Sin más los niños se dieron la vuelta sigilosamente y sin prisa enfilaron la escalera y la puerta que conducía a la calle. La acera estaba mojada y el ambiente sereno de aquella estrecha calle invitaba a pasear.

—Eso es la muerte, ¿verdad? —preguntó Pencho.

—Sí.

Caminaron hasta alcanzar la gran avenida y, una vez en ella, se separaron. Cuando su amigo estaba lejos, Pencho, volviéndose hacia él, gritó:

—¡Gracias!

Microrrelatos finalistas 2023

Desaparecida

M.^a Carmen Oliver Abadías



Mi marido ha cubierto la ciudad con unos carteles que dicen: “Regresa, Dulce, te queremos”.

Ironías del destino, aquí en un descampado colmado de arbustos y hojarasca seca, debajo de la única encina visible en unos cientos de metros, me encuentro cubierta por la tierra que él paleó sobre mí después de asestarme diez puñaladas en memoria de cada año que pasamos juntos.

Hay amores que matan, susurra el río, manso en la orilla que yo habito.

Accésit

El disparo

José Ignacio Sagarzazu Alberdi



Fue tras la cena cuando oímos aquel disparo en el despacho del abuelo y todos comimos temiéndonos lo peor.

Al abrir la puerta y ver a su querido pequeño Tom muerto sobre la alfombra, nos tranquilizamos. Aunque enseguida supimos que lo del perro había sido un infarto.

Foto de familia

Alberto Jesús Vargas Yáñez



Cada año nos reunimos toda la familia en Nochebuena y al terminar la cena nos hacemos una foto con el disparador automático. El primer año del que tengo memoria el abuelo no salió y las Navidades siguientes ya no estuvo con nosotros. Le tocó entonces a la tía Ramona no aparecer y corrió igual suerte. Año tras año se repitieron los fatales vaticinios. Cuando le tocó a papá no estar me hizo prometer que continuaría con esa vieja tradición familiar. Así lo he venido haciendo hasta esta última foto, en la que salgo rodeado de todos los que se fueron.

Gratitud

Juan Carlos Cuevas Zurita



Suelo ir a verle un día a la semana. Siempre le encuentro en la sala de estar, en su silla de ruedas, con la cabeza ligeramente inclinada sobre el hombro derecho. Apenas puede articular alguna palabra que otra, pero lo entiende casi todo. Me mira y dice: “Jefe.”

A veces se le saltan algunas lágrimas. Y a mí también. Se lo he dicho muchas veces desde el atentado, pero hoy he vuelto a decirle que jamás podré agradecerle suficientemente lo que hizo aquel día por mí. Él, como siempre, me ha mirado a los ojos y ha dicho: “Jefe.”

Pódcast finalistas 2023

Adiós,
Jesús María Oguieta Arruie

Diario del Camino Inglés,
Elena Navarro Font y Mercè Llauradó Font

Encuentros en la tercera fase,
*Josefa de la Cruz Vilches, Juan José Martín
Martín y Juan José Gutiérrez Gil*

Sinfonía del cuidador,
Edgar Macías Sierra



Accede a
los pódcast
finalistas y
ganador 2023

Primeros
premios
2024

Primer premio relato 2024

Volar sin alas

Cuca Hernández



Siempre había sabido volar. Desde pequeña. Recordaba la primera vez que trepó a la valla que rodeaba la casa de sus tíos. Había una enredadera que la ayudó a agarrarse y subir con seguridad. Llevaba el paraguas grande del abuelo colgado a la espalda. Cuando estuvo arriba anduvo con cuidado para no resbalar por el borde y, cuando se encontraba en el centro de la pared, en la zona despejada de arbustos cerca del estanque, abrió el paraguas, saltó hacia arriba y, moviendo los pies como si pisara las nubes, voló unos metros hasta aterrizar en el camino del estanque.

Cuando se lo contó a sus hermanas, no solo no la creyeron, sino que además se burlaron de ella y se chivaron a sus padres. Estaba cansada de que, por ser la pequeña, nadie la tomara en serio, solo su amiga Catalina la escuchó.

Decidieron las dos que tenía que mejorar la técnica y demostrar a todos que ni mentía ni se imaginaba las cosas. Comenzó a practicar el vuelo en el mismo sitio donde aprendió a nadar, la poza de las

Primeros premios 2024

Nieves. Ahí las llevó el padre de Catalina cuando apenas tenía cinco años, les ató una cuerda a la cintura asegurando el otro extremo a un árbol y las lanzó a la poza. Catalina ya sabía moverse en el agua, pero ella se asustó, y tragó mucha agua mientras gritaba y lloraba. Enseguida se dio cuenta de que el pataleo le permitía mantenerse a flote y con la ayuda de su amiga aprendió a avanzar.

Todas las tardes de verano, mientras los demás dormían la siesta ella se escapaba por el portillo del perro, trepaba por la verja y, junto con Catalina, subía hasta la poza. Y desde el borde superior se lanzaba tratando de planear con la ayuda del enorme delantal de la abuela a modo de paracaídas. Su amiga nunca se atrevió a imitarla, pero le daba ánimos desde el borde.

Así, tras algunos fracasos que la llevaron al agua consiguió mejorar su técnica hasta que un día planeó alrededor de la poza, dio unas vueltas y aterrizó en el mismo sitio. Catalina casi no se lo creía.

Pocos meses después de cumplir trece años empezó la guerra y unos hombres armados, entre los que estaba el padre de Catalina, entraron en su casa y se llevaron a su padre y a tres de sus hermanos mayores. Catalina ya no le volvió a hablar. Y pocos días después su madre empaquetó cuatro objetos de valor, unas cuantas ropas y con la ayuda de un familiar que tenía un coche se prepararon para huir del pueblo con sus hermanas y su hermano pequeño.

Todavía quiso volar la noche antes de su partida. Subió al tejado, respiró hondo y, cuando iba a dar el impulso para planear, vio a Catalina mirándola asustada, y tuvo miedo, se tambaleó hasta caer de rodillas en el borde del tejado. Con precaución se arrastró hasta el ventanuco de la buhardilla y entró en la casa.





Volar sin alas

Salieron de madrugada dejando atrás sus montañas queridas, la poza de las Nieves y sus prácticas de vuelo sin alas.

Su padre y sus hermanos fueron asesinados, y la familia nunca quiso volver al pueblo que los había matado.

Ahora, a sus 84 años, cuando le fallan las fuerzas, vuelve a pensar en volar. Ahora necesita volar. Como entonces sus hermanas, ahora sus hijas no la toman en serio. Ha decidido que tiene que intentarlo. El problema es que esta vez no puede fallar. Se lo ha contado a Pilar, su compañera de habitación. Por las mañanas se escapan de su habitación y hace pequeñas pruebas en la escalera trasera, mientras Pilar vigila para que nadie las interrumpa. Pilar no puede intentarlo porque va en silla de ruedas. Ha comenzado a volar sobre dos escalones. Se ha caído varias veces, pero se ha levantado en silencio, para que nadie se percate de sus experimentos.

Sus hijas han puesto el grito en el cielo al observar los moratones, han hablado con el director y él les ha recomendado una silla de ruedas para que se mueva con más seguridad. Ella se ha resistido a que la consideren una inválida. Pero luego ha pensado que puede seguir con los experimentos si hace como que acepta con resignación.

Pocos días después, para animarla, su hija le ha propuesto un viaje a su pueblo. Como siempre, no la han dejado preparar su maleta, pero a base de protestar y llorar ha conseguido que metan en ella una bata, que ahora le queda enorme, pero que le recuerda al delantal de la abuela.

En el pueblo se han alojado en un hotel moderno, lleno de gente joven vestida de montañera. Han visitado por fuera la casa

Primeros premios 2024

de sus padres, que sigue estando encima de un banco. Pero sí han podido entrar en la casona de sus abuelos, que ahora es un museo municipal. Han paseado por el jardín y ella ha reconocido el rincón donde comenzaron sus prácticas de vuelo.

Han subido al monte, al lugar donde aparecieron los cuerpos de su padre y de sus hermanos. Ahora solo hay un monolito vandalizado que recuerda el hecho. Se le ha roto el alma y ha llorado desconsoladamente.

Su hija, para tranquilizarla, ha propuesto subir a la poza las Nieves, “donde aprendiste a nadar”, ha dicho.

En la parte de arriba, junto a la carretera han abierto un merendero, y hay una valla que permite a la gente tener una visión panorámica del entorno. En el borde izquierdo hay un camino que baja hasta la poza. Su hija se ha negado a bajar con la silla de ruedas. Ha decidido que está demasiado empinado y que luego sería muy difícil subir la cuesta.

Es la enésima discusión del día, porque por la mañana tampoco le ha dejado ponerse la bata que le recuerda el delantal de la abuela. Ha hecho como si cediera, y ha posado en varias fotos con el paisaje al fondo. Han paseado por algunos de los caminos accesibles y han decidido comer allí mismo.

Cuando su hija la ha dejado sola para ir al baño, ella ha maniobrado todo lo veloz que le permitía la silla de ruedas dirigiéndose hacia el camino, sabía que esta era su oportunidad de volver a volar.

La silla de ruedas ha ido adquiriendo velocidad según rodaba por la cuesta, y cuando ha llegado al borde de la poza, ha dejado atrás la silla y ha empezado a volar. Por fin es libre y nunca más volverá a tocar tierra.



Primer premio microrrelato 2024

La invisible

María Loreto Perera García



El accidente ha ocurrido mientras se dirigía a su cita amorosa de los lunes. El coche ha quedado destrozado. Es un milagro que siga vivo, pero el médico me ha dicho que morirá de un momento a otro. Esta vez no dejaré que me ignore y me deje con la palabra en la boca. Me acerco a la cabecera de su cama, en la sala de urgencias, y le digo entre susurros: “Por fin, después de escucharte decir siempre que era una inútil sin remedio, he hecho algo por mí misma: te he cambiado las pastillas de freno.”

Primer premio pódcast 2024

Cita previa *Salvador Santamaría Barrios*



La Odisea. ¿La de Homero? No. La odisea de pedir cita previa.

[música] *Ay, ¡qué malos son los rubios y los morenos! ¡Son malignos todos los hombres! ¡Malísimos, malísimos! Lo que quiere es que te coma el tigre.*

Paquita: ¡Pedro! ¡Pedro! ¡Deja ya de oír a la Lola de España! A ver cuándo vas a pedir la cita a la Seguridad Social para arreglar lo de tu jubilación, que, según dice el niño, la cosa está muy difícil, y veo que te jubilas y no vamos a saber cuál es la pensión que te queda, ni cuándo empezarían a pagártela.

Pedro: ¡Ay, Paquita! Mira que eres pesadita. Siempre con la misma monserga. Anda, trae el teléfono y voy a llamar ahora mismo. Cierra la ventana, que, con este ruido, es que no me entero de nada.

Paquita: ¡Hala, ya está la ventana cerrada! A ver si ahora oyes bien. ¡Ay, qué hombre! Todo son pegas, todo son pegas.

Primeros premios 2024

[tono de llamada]

Menú de voz: Está usted llamando al servicio telefónico de la Seguridad Social. Si el trámite que desea realizar es sobre pensión nacional, pulse o diga uno; si el trámite es sobre pensiones internacionales, pulse o diga dos; si el trámite es sobre familia, pulse o diga tres, para otro asunto, pulse cuatro...

Paquita: ¡Pedro! ¿Estás llamando?

Pedro: ¡Shhh! ¡Que estoy en ello! Paquita, calla. Ya no me he enterado de lo que me han dicho.

Menú de voz: Esa respuesta no es correcta.

Pedro: Esto es siempre igual. ¿Pero no podrían poner a una persona normal y corriente?

Paquita: Pedro, ¿has conseguido la cita?

Pedro: ¿Qué voy a conseguir ni qué voy a conseguir? Si esto es más difícil que te toque la lotería.

Paquita: Pedro, hijo, ¡qué torpe eres! Encarni, la del quinto, me dijo que su marido consiguió la cita en un plis plas.

Pedro: Sí, su marido, que es mudo, consiguió la cita.

Paquita: Pues sí, por lo visto fue por videollamada.

Pedro: Claro, videollamada. Él es muy listo, y yo como para ti soy tonto... [suspira] De todas formas, me parece que he cogido el rollo a la máquina y lo voy a intentar de nuevo.

Guillermo: Buenos días. ¿En qué puedo servirle? Le habla Guillermo.

[Secador de pelo de fondo]



Primeros premios 2024

Pedro: ¡Hombre, qué alegría! Por fin contesta una persona de carne y hueso. Mire, para solicitar cita.

Guillermo: Sí, sí. ¿A qué hora le viene a usted bien, mañana o tarde?

Pedro: ¿Lo ves, Paquita? Lo que yo decía. Tenían que poner a personas de carne y hueso. Sí, mire, me viene bien por la mañana, tempranito.

Guillermo: Perfecto. Abrimos a las diez de la mañana.

Pedro: A las diez de la mañana. No madrugan ustedes mucho, ¿eh?

Guillermo: Es que más temprano, aquí no viene nadie. Bueno, bueno. ¿Usted qué desea? ¿Cortar, lavar la cabeza, arreglar la barba...?

Pedro: ¿Cómo que cortar ni cortar? Si lo que quiero arreglar es lo de mi pensión de jubilación.

Guillermo: Pues ha pinchado usted en hueso. Aquí de eso no sabemos. Somos una peluquería. Como mucho, lo que podemos hacer es ponerlo guapo para la cita. Seguro que se ha confundido al marcar, caballero.

Pedro: ¿Será posible? ¡¿No me diga que me he equivocado?! Ya me extrañaba que no me contestara la dichosa maquina. Pues nada, Guillermo. Perdona. ¡Y menos cachondeíto!

Paquita: Pedro, ¿con quién hablabas? ¿No decías que ibas a llamar a la Seguridad Social?

Pedro: ¡Ay, Paquita! Lo que a mí me hace falta es que estés tú ahí, pendiente de lo que hago, como si fueses un agente del CNI. ¡Puñetas! Nada, que me he equivocado al marcar el número.

Cita previa

Paquita: ¡No te digo! Mira que te lo estoy diciendo. Deja a tu hijo que lo haga. Y tú, como eres tan cabezón, “no, no, que eso lo hago yo, que eso lo hago yo”. ¡Ay! Veo que te jubilas y estamos unos cuantos meses sin pensión. ¿Y de qué vamos a vivir?

Pedro: Dale con la mula al trigo; ahora “cabezón”. Se nota que me quieres ahora mucho más que cuando nos casamos, Paquita. Déjame tranquilo y lo intento de nuevo.

Menú de voz: Está usted llamando al servicio telefónico de la Seguridad Social. Si el trámite que desea realizar es sobre pensión nacional, pulse o diga uno; si el trámite es sobre pensiones internacionales, pulse o diga dos; si el trámite es sobre familia, pulse o diga tres, si el trámite es para otro asunto, pulse cuatro.

Pedro: Uno, uno, uno, uno, uno.

Menú de voz: Repita, por favor, no se le ha entendido bien.

Pedro: U-no.

Menú de voz: Un momento, por favor.

Paquita: ¿Qué? ¿Ya?

Pedro: Ahora está la dichosa musiquita.

Operador: Buenos días. ¿Cómo desea que me dirija a usted: en castellano, catalán, vascuence o gallego?

Pedro: No te digo, en castellano, en castellano. A lo que vamos. Mire, me jubilo dentro de dos meses y quisiera cita para que me asesoraran y arreglar el asunto de la jubilación.

Operador: ¿Cuál es su lugar de residencia?

Pedro: Málaga.

Operador: ¿Málaga capital o provincia?

Pedro: Málaga capital.



Cita previa

Operador: Eso es Comunidad Autónoma de Andalucía, ¿no?

Pedro: Hombre, yo creo que sí. ¿Usted qué cree?

Operador: Yo no estoy aquí para creer nada, solo para informar.

Pedro: Pues hasta ahora toda la información se la he dado yo.

Operador: Mire, hay una cita dentro de tres meses en el Centro de Atención e Información de la Seguridad Social en la calle Béjar, número dos.

Pedro: Esa calle, ¿dónde está? ¿En Málaga?

Operador: No, esta oficina es de Huelva.

Pedro: ¿De Huelva? Pero, oiga, yo lo que quiero es arreglar mi pensión y no ir a Huelva para descubrir América como hizo Cristóbal Colón. Además, ¡dentro de tres meses! ¡Pero si me jubilo dentro de dos! Esto es increíble. ¡España es que no tiene arreglo!

Operador: Esto es lo que me indica el ordenador. Lo siento mucho.

Pedro: Mire, mire. Déjelo, déjelo. Intentaré por otro camino.
[fin de la llamada]

Paquita: ¿Qué? Pedro, ¿has conseguido la cita?

Pedro: Para arreglar la pensión, no, pero para poder ir a bañarnos a Punta Umbría, sí. No tenemos arreglo.

Paquita: ¿Y ahora qué hacemos? El niño me dijo que a veces es más fácil conseguir la cita si se solicita por la página web de la Seguridad Social.

Pedro: No cabíamos en casa y parió la abuela. No te digo, ahora el ordenador. El niño siempre inventando. Estoy pensando en no jubilarme, sufro menos.

Primeros premios 2024

Paquita: Él me ha dicho que por la página web las citas las dan en intervalos de tiempo de 15 días, y que cada lunes activan para los siguientes 15 días. Ahora, eso sí, hay que hacerlo muy temprano, que pasa igual que cuando Renfe pone bonos a la venta: a los dos minutos ya no queda nada.

Pedro: Mira, Paquita, por no oírte ni a ti ni a tu hijo, el próximo lunes lo intentaremos.

[ronquidos]

[suena el despertador]

Paquita: Pedro. ¡Pedro! Pedro, despierta. Despierta. La cita. La cita.

Pedro: Cita. ¿Qué cita? ¿Qué cita? ¿Dónde tenemos que ir a esta hora?

Paquita: Pedro, ¡por Dios! ¿Ya no te acuerdas? La cita de la Seguridad Social.

Pedro: ¡Ay, la cita! ¡Voy, voy! Después de cuarenta años trabajando, hay que ver la que hay que formar para poder cobrar la pensión que te corresponde. Esto es increíble.

Paquita: Pedro, ¿tú pusiste a cargar el ordenador para no quedarte sin batería?

Pedro: Pues claro. Otra vez. Mira que eres pesadita. [Se enciende el ordenador] Paquita, la Seguridad Social me pide para poder acceder a la página certificado digital, clave o DNI electrónico. ¿Nosotros tenemos algo de esto?

Cita previa

Paquita: Ay... claro que sí, Pedro. ¿No te acuerdas? ¿Que tuviste que ir a solicitarlo en la Oficina del Ciudadano para poder entregar *on-line* la declaración de Hacienda que te hizo el niño?

Pedro: Ah, el niño, cómo no. Sí, ya me acuerdo. Con certificado digital. [Teclea] ¡Paquita, Paquita! Hay una cita para dentro de un mes en Antequera.

Paquita: ¡Ay, qué alegría! ¡Ay, qué alegría! Cógela, cógela, no vaya a ser que alguien se adelante. ¡Corre! ¡Corre!

Pedro: ¡Conseguido! ¡Conseguido! ¡Paquita! ¡Hurra! ¡Por fin! ¡Por fin!

Paquita: Pedro, eres más listo que el hambre. Eres un sol. Anda, venga. Vamos a la cama. Que cuando nos levantemos, te voy a ir por unos churritos para desayunar.

Relatos
finalistas
2024

Al otro lado del bosque

María Jesús Franco Durán



Tres años, tres años solo, un tiempo ansiado que me ayuda a manejar esta vida que no es mía, que me tira de la cama hacia la ducha hirviendo y me arrastra los pies a la cocina, un café solo, sin comida, antes de arrojarme con el abrigo y la bufanda, y salir en bicicleta a la calle vacía, camino del correo, como hace siglos.

Me esperan ocho horas de paquetes y cartas, correspondencia de espera y desamores, de ilusiones perdidas o impostadas, de certificados, obsequios o compras compulsivas, de idilios perdidos en renglones, de esperanzas tan grandes como propias, de tantos ruegos y preguntas.

Cada noche, antes de acostarme, dibujo una cruz en este calendario, de números gigantes, visibles a la legua desde cual-

Relatos finalistas 2024

quier rincón del minúsculo domicilio. Lo repaso a menudo en su pared, desde el trasiego de los cacharros de cocina, o el sofá del disimulo, cuando vemos cine negro los domingos helados por la tarde.

Un día menos, me digo, para obtener por fin la libertad de esta geografía que me es ajena, de este espacio donde habito a la fuerza, de estas paredes alquiladas en solitario tiempo antes de la boda.

Daan me mira desde su almohadón exagerado, paciente, atento al final del ritual nocturno, pendiente de las cruces que tachan las esperas, con esos ojos azules que me suben al cielo. Su gesto diario me invita al arrullo de sus brazos fornidos, tatuados con mi bosque, para que pueda embeberme hasta el cansancio de aquello que amaba sin saberlo, y sumergirme entera, igual que antaño otros dos dedos hinchados y seguros me sacaban del barro y las patatas, y me llevaban al banco y a la hoguera, al caldo humeante del invierno, a la piel ardiendo de las vacas.

Nunca he sido feliz aquí.

Flavia fue a buscarme un día de agosto. Yo ya tenía ocho años, pero me costaba pronunciar su nombre. Apareció por la casa labriega cuando ya había olvidado su rostro y la geografía de su cuerpo, cuando ya sus besos se habían extraviado entre las ramas de los castaños centenarios de mi entorno. *Son a tía nai*, me dijo.

Me aferraba a las sayas de mi abuela, la única madre que yo hasta entonces había tenido, las dos agarradas con quebrantos, confundidas las lágrimas de ambas. *A nena da miña alma...*, susur-

Al otro lado del bosque

raba en mi oído como si cantara, pero no entonaba melodías, su voz era un desgarró.

Se limpió el rostro en cuestión de segundos, me empujó suave hacia su hija y se fue camino del huerto sin mirarme. *Ali irás á escola, aprenderás letras, non coma a túa avoa, que é analfabete, que só sabe traballar no campo.*

Nunca más la vi.

Dicen las lenguas de la aldea que se murió de pena.

Flavia dice que se murió de vieja.

Yo solo sé que se murió sin mí, enterrada por los pocos vecinos que quedaban.

Aquel día salí de la aldea con una maleta traída de una ciudad lejana que ahora es esta. Bailaban los enseres, golpeándose los unos con los otros, sin libros ni cartillas ni fiestas de guardar. Allí quedaron las albarcas, *en la ciudad no las necesitarás, te compraré las botas más bonitas que hayas visto en tu vida*, me dijo en castellano, como si quisiera olvidarse de su origen, y confundirse, y fundirse de nuevo en el ambiente de aquel país remoto.

Viajamos sin descanso más de un día, cuatro trenes desde Santiago, casi mil quinientos kilómetros de distancia, Flavia y yo, fuera del olor húmedo de mi infancia, del bosque intrincado, del musgo frondoso de mis sueños, y también de mis temibles pesadillas, la belleza y el terror y el fondo de mis huesos, divididos en fragmentos idénticos.

Allí estaba mi padre esperando a su familia. Me miró primero, con distancia, y comenzó a hablar entrecortado, *canto*

Relatos finalistas 2024

medraches, miña filla, canto te botei de menos, para después acercarse con cautela y acariciarme el pelo huraño y desabrido, mientras un pánico inefable se apropiaba de mi cuerpo temeroso, acompañada de dos desconocidos.

Durante muchos meses solamente salía del piso para ir a la escuela del barrio y aprender con trabajo una lengua ajena y complicada. El resto del tiempo lo pasaba tras los cristales repletos de gotas diminutas, mirando la espesura cercana que cada tarde me invitaba sinuosa con las sombras intrincadas de sus dedos.

Me escapé muchas veces de aquel apartamento para dejarme empapar por la humedad, con la maleta que trajo mis enseres, corriendo junto con miles de latidos porque yo sabía, como siempre había ocurrido desde niña, que al otro lado del bosque estaba la aldea de mis afectos, mi abuela que era madre, mi huerto con las berzas frescas que recogía empapadas de aguacero.

Hasta en cuatro ocasiones mis padres denunciaron mi desaparición a una policía exhausta que me buscaba con ahínco, ha desaparecido una niña extranjera, no sabe el idioma, aunque aprende deprisa, probablemente se dirige a la estación de trenes... yo siempre estaba perdida en el bosque, convencida de que al otro lado estaba mi casa, que no era aquel bloque de la ciudad donde vivía.

Con los meses aprendí que al otro lado del bosque había más bosque, y más, y más bosque, con nieve y carreteras secundarias, que Apeldoorn era una ciudad para mí gigante, que estaba situada en la provincia de Güeldres, que tenía un palacio barroco, una

Al otro lado del bosque

iglesia, un zoológico, un parque de atracciones, y que Ámsterdam no quedaba tan lejos.

Con los meses también aprendí que la ciudad tenía industrias papeleras donde trabajaban mis padres emigrantes, Flavia y Eloi, huidos de la tierra hambrienta.

Los periódicos escribían entonces sobre el auge tras la segunda guerra y de las bajas sufridas, de la necesidad de extranjeros y de niños, bienvenidos sean, sean bienvenidos.

Vinieron a este país cuando yo tenía un año y aquí están enterrados.

Cuentan las estadísticas que somos uno de los países más felices del mundo, que nuestra calidad de vida es alta, que la población holandesa se caracteriza por su sentido del humor.

Pero yo tengo grabados a fuego los montes salvajes.

Cada verano vamos a un lugar diferente de mi tierra, visitamos el mar y a una tía nonagenaria que cocina hasta el hartazgo tres comidas de repente.

Habitamos pisos alquilados, no siempre confortables, comemos pescado en las terrazas, exploramos con sigilo otros hogares, hablamos con desconocidos.

Yo quiero regresar a Galicia para siempre, al equilibrio, a las raíces de mi infancia, al huerto frondoso crecido por la lluvia eterna de mis lares.

Por eso tacho los días del calendario.

Me quedan tres años, cuatro meses y tres días.

Daan vendrá conmigo, dice que su patria soy yo. Ha leído muchos poemas, tal vez demasiados.

Relatos finalistas 2024

Buscamos una población que tenga un bosque cerca. Requisito imprescindible. Dos habitaciones como mínimo, un ascensor, una terraza.

Nuestro único equipaje será la biblioteca.

Nací el 22 de julio de 1959 en O Salgueiro, una aldea de casas de montaña ya vacías, de calles en silencio.

Me llamo Amalia. Igual que mi abuela.

El jersey de lana

Alan Joseph Kennedy



I

A pesar de que el frío gélido de noviembre empeoraba su dificultosa respiración, Laura insistió en tener todas las ventanas abiertas de par en par. Pero, incluso después de haber lavado el vellón recién esquilado cinco veces en agua tibia, el hedor a borrego impregnaba hasta el rincón más recóndito de la cabaña.

A través de un hueco en el edredón de plumas que la cubría, Laura me dirigió una de sus sonrisas cada vez menos frecuentes.

—Mueve tu culo perezoso y echa más leña en la estufa, pues estoy helada. Luego, ayúdame con los pedales, anda. No tengo fuerzas.

Cada viernes, después de arreglar tuberías congeladas, instalar calentadores de agua de segunda mano o cualquier otro trabajillo ocasional que pudiera pillar, yo iba de casa en casa

para recoger las sobras que los vecinos nos dejaban para hacer tintes orgánicos con los que ella quería teñir la lana.

Sacos rebosantes de piel de cebolla, restos de remolacha y bolsas usadas de té estaban esparcidas por el suelo de la cocina. Tiras de cáscaras de plátano colgadas de ganchos pequeños compartían espacio con llaves inglesas y cortatubos en mi taller. Frascos llenos de clavos oxidados, empapados en vinagre de sidra para fijar el tinte, se amontonaban en el garaje.

Con un artilugio especial que rescató del caserío de su tío, pasábamos todo el día escarmenando la lana, peinándola con mucha cautela para no romper las hebras. Por las tardes Laura la hilaba con la rueca de su abuela. Mientras yo daba a los pedales, ella torcía las fibras de la lana hasta conseguir que un hilo de grosor bastante desigual serpenteara alrededor del huso de teca. Pero, para ella, todo era perfecto.

—Cada nudo en el suéter te recordará a mí.

Entretanto, ella canturreaba tonadillas ancestrales de trabajo y me miraba con ojos llorosos. Los dos sabíamos que no le quedaba mucho tiempo.

—Quiero que esta prenda sea un regalo especial para ti, solo para ti.

Antes de llevarla en brazos a la cama, mi última faena de la tarde era mantener mis manos extendidas mientras ella hacía madeja tras madeja, y dejar los ovillos a remojo en uno de los tres cubos de zinc, según el color con el que quisiera teñirlos; rojo bermejo, ocre o violeta.

El jersey de lana

2

Me regaló el suéter de punto en Nochebuena, la última que pasaría con ella. Cuando me lo ponía, me inundaba una energía especial, un ardor dulce que nunca había conocido. Un regalo maravilloso. Una obra de arte y de amor. Sentía mis músculos más poderosos, más esculpidos. Era como si Laura me abrazara de la misma forma que hacía cuando era capaz de hacerlo.

En víspera de Reyes, el día de su funeral, me lo puse en lugar del negro tradicional. Todo el mundo comentaba lo bonito y perfecto que era para el frío invierno que estábamos teniendo.

3

El último día de abril, en medio de una fuerte bajada de temperatura, conocí a Margarita cuando fui a reparar su caldera, y quedamos para tomar algo. La mañana siguiente, mientras desayunábamos en su salón, ella se fijó mucho en mi jersey. Yo no quería entrar en muchos detalles, me limité a decirle que era un regalo. Cuando salí de la ducha, Margarita lo llevaba puesto.

Se admiraba en el espejo.

—Mira cómo estoy.

De repente, la ventana de la habitación se abrió con una fuerza brutal. El semblante de Margarita cambió. Su sonrisa desapareció y una expresión de pánico se apoderó de su cara.

—No puedo respirar. Quítamelo.

Ya que el cuello del jersey se encogía cada vez más, era imposible quitárselo. Las manos de Margarita se volvieron blancas, luego azules. Yo tiraba y tiraba en vano. Ella indicaba con

Relatos finalistas 2024

su cabeza hacia el jardín, pero yo no comprendía. Al final hizo un gesto con los dedos entumecidos y entendí.

Las tijeras de poda se rompieron en pedazos, las de cortar setos se desafilaron enseguida, pero cogí un alicate de medio metro de mi caja de herramientas e, hilo a hilo, conseguí liberarla del armazón opresor de lana.

Margarita salió del hospital tres días después, con cuatro costillas rotas y un esguince en cada muñeca. Desde entonces, no devuelve mis llamadas, ni lee mis mensajes. Hace dos días, la divisé en la calle, pero ella corrió hacia la otra acera y cogió un taxi.

Solía burlarme de la creencia de Laura en la magia, pero cada vez que visito su tumba, solo uso ropa de algodón, para estar seguro. Hoy en día, hasta el aroma del cordero asado me pone nervioso. Su rueca permanece en la sala de estar. No tengo el corazón o, debo admitirlo, el coraje para desmantelarla. De vez en cuando, me siento en su taburete favorito y manejo los pedales.

El clic, clic, clic me hace compañía.

El tilo

Herminda Cubilla Gonzalo



Él sigue aquí, sereno, frondoso y alegre, con las hojas nuevas, verdes y brillantes; balancea las ramas siguiendo el ritmo del viento suave que refresca la mañana. Sus hojas chocan entre ellas y el sonido semeja susurros de palabras; puede que intercambie historias con el río, que nunca se detiene, o con la hierba de esta primavera, alta ya y cuajada de flores de mil colores. Puede ser que me recuerde y me salude. Este es nuestro tilo.

Zumban las moscas, también aquel día zumbaban. Había muchas moscas. Qué asco me dieron, eso fue lo primero que sentí, asco cuando se pegaron a mi cara y se me enredaron en el pelo. El cielo estaba cubierto de nubes oscuras, casi negras, rasgadas por las culebrillas de las luces de los relámpagos. Lo recuerdo con nitidez ahora, como si hubiera sucedido ayer, aunque quizá no fue así, porque han transcurrido muchos meses; años hace

ya que no me acercaba a esta orilla; la negrura que se instaló en mi cabeza y en mi alma me borró los colores de aquella vida que tuve antes de que estallara la guerra. Maldita, maldita guerra.

Habría sido mejor que no hubiera vuelto, esa idea he tenido alguna vez; sería preferible que le hubieran matado de un tiro en el corazón, también lo he pensado y después me desprecio por ser tan egoísta y por desear esas cosas terribles. Él no fue el culpable, solo una víctima de las mil veces maldita guerra, que estalló cuando menos lo esperábamos, cuando éramos felices y soñábamos con organizar juntos nuestra vida que apenas estaba comenzando. No podíamos imaginar que algunos poderosos, de los que ni siquiera conocíamos el nombre, ajenos y lejanos, en lo alto de un edificio, dentro de un lujoso despacho, diseñaban planes inhumanos con el único fin de producir la muerte y el dolor, que, desde aquel lugar remoto, llegaron hasta la sombra de nuestro árbol con la fuerza de un huracán para barrer nuestros sueños y destrozarnos las ilusiones.

Se lo llevaron un dieciocho de mayo. Nos habíamos enamorado un año antes. Yo no podía soportar que se fuera y él no quería irse, pero vinieron a buscarlo.

Desapareció como esas hojas que caen del tilo y son arrastradas por el viento muy lejos, tan lejos que quizá olviden el tronco del árbol donde nacieron. Me quedé sola. Permanecí bajo las ramas, macilenta y ajada, secándome mientras en mi vientre crecía el hijo que habíamos engendrado, quizá en este mismo lugar, cuando dábamos rienda suelta a la pasión desbocada del amor poderoso y fuerte que se instaló en nuestra juventud.

El tilo

Al día siguiente de llevárselo hice una cruz en el calendario, tracé muchas cruces mientras los días pasaban fatigosamente. Escribía en una libreta roja todo lo que deseaba decirle. En los primeros meses llegaron dos cartas con un puñadito de letras, yo no tenía dirección para mandarle las mías. Abandoné la libreta cuando nació el niño; mientras le acurrucaba entre mis brazos no dejaba de hablarle de su padre.

Era el hijo de los dos. Cuando volvió me preguntó: ¿Cómo has podido tener un hijo? ¿Sabes que cuando crezca pueden mandarlo a la guerra?

Era un día de invierno, gris, triste y oscuro y no me llené de alegría cuando le vi llegar; supe que era él, aunque no lo reconocí, mi corazón se detuvo un instante al ver la piltrafa en la que se había convertido la persona que se fue. Aun así, quise abrazarlo, pero no me dejó, se hizo a un lado y ni siquiera lo rocé.

No me miró, pero advertí cómo sus ojos se habían convertido en dos abismos de dolor y tristeza. No reconocí sus labios afilados y resecos, ni su piel áspera y cuarteada. Solo se dirigió a mí para reprocharme que hubiera tenido un hijo, el niño al que no quiso mirar. Nunca lo tocó, no se acercó a él en ningún momento. Sus manos, que habían explorado con caricias todos los rincones de mi cuerpo, permanecían desvaídas y exánimes, pegadas a su esqueleto. Era un manojito de huesos sin vida.

No pude ayudarlo, él tampoco quiso sacudirse el dolor en el que vivía. Permanecía callado, se deslizaba como una sombra por la casa y desaparecía durante horas. Mi niño lo miraba aterrorizado y huía de su presencia; se preguntaba por qué un

Relatos finalistas 2024

ser monstruoso se había instalado en nuestra casa y yo no sabía explicarle que solo era su padre, que había venido así de la guerra.

En realidad, había retornado envuelto en la guerra, que lo había arropado con sufrimientos que solo él conocía y alcanzaba a medir. ¿Qué podía hacer yo? Todavía me lo pregunto.

No supe si había bombardeado poblaciones o si él se arrastraba entre las ruinas de pueblos bombardeados; quizá había sido francotirador y había disparado a sangre fría a personas que solo buscaban alimentos para sus hijos. Puede que le disparasen a él y le hirieran gravemente, porque un día, a través de la ventana, pude ver en su espalda los costurones de unas profundas cicatrices. Es posible que viviera en un hospital plagado de agonías y lamentos. Quizá contempló como algunos de sus compañeros se desangraban rodeados de olores de muerte y podredumbre. Puede que su tiempo estuviera lleno de humillaciones, desprecios, miedo, ira, terror, abandono, soledad y miseria humana; sufrimientos inaguantables que te obligan a padecer en las guerras a costa de sobrevivir. Muchos no sobreviven y él tampoco lo consiguió; solo le dejaron unos hilos negros que le permitían moverse como un autómatas acongojado y prolongar su agonía. Hubiera sido mejor que no hubiera vuelto. Llegó sin rastro de esperanza o de alegría. Sin una pizca de amor o de emoción. Fue imposible saber qué había en la cárcel oscura de su cuerpo escuálido.

Volvió porque algo luminoso quedaba en su interior y le hacía recordar la belleza y el amor que tuvimos en este lugar: nunca lo seguí cuando salía de casa, pero sabía que vagaba por los caminos de robles y pinos y después se refugiaba en el tronco

El tilo

del tilo. Quizá a él le relató sus padecimientos o quizá buscaba un poco de paz para olvidarlos. Nunca lo sabré.

Cada día tardaba más en regresar y aquella noche no volvió. Salí temprano para buscarlo y vine aquí; comenzaba a clarear el día a pesar de la tormenta y los buitres ya volaban en lo alto. Las ramas del tilo florecido le protegían, pero su cara estaba cubierta de moscas tempraneras. ¡Qué asco me dieron las moscas! Se enredaban en mi pelo.

Quizá el rumor del río y el susurro de las hojas me quieran contar la historia que él les relató; no entiendo sus palabras, pero es tranquilizante escuchar. Sí, él fue la víctima principal, nosotros aquí estamos.

No dejo de preguntarme: ¿cómo puedo estar segura de que a mi hijo no se lo van a llevar a una guerra?

Hormigas en la boca

Asunción Hurtado Ortiz



Ahora mismo me están picando en los labios. Invaden mi boca y resbalan por mi lengua con sus patitas diminutas. Dices que no las ves, y te creo. Puede que solo existan en mi cerebro, pero yo las siento reales. Abren sus mandíbulas y pellizcan mis carrillos, haciéndome pequeñas heridas. Invaden mi garganta y pugnan por salir hasta que consiguen que abra la boca y grite. En ese momento huyen, se desbordan por las baldosas del suelo a mi alrededor y se esconden rápidas en pequeños agujeros en las paredes o entre los baldosines del suelo.

Dices que no existen. Ojalá fuese así. Sé que los demás no las ves, solo yo y algún que otro privilegiado que se cruza conmigo, y al verlas me mira con cierta complicidad. Alguno me enseña la punta de su lengua, donde una hormiga se mueve rápidamente tratando de ganar su libertad. Hay más como yo, no estoy solo.

No siempre he sido así. A los veinte años yo era un joven casi normal. Quise dedicarme a escribir, y me encerré en mi habitación a hacerlo. Las ideas me asaltaban a cualquier hora, especialmente durante la noche. Mantenía una luz tenue encendida constantemente, y cerraba las persianas. No quería asustar a mis pensamientos con luces fuertes ni sonidos agudos. Necesitaba tranquilidad. Las palabras fluían con rapidez. Yo veía las letras como una ristra de hormigas perfectamente colocadas en sus puestos. Cada vez escribía más deprisa, cada vez me enfadaba más si el resultado de mi trabajo no me parecía adecuado. Los personajes saltaban de las hojas y reían a mi alrededor al comprobar mi angustia. A veces mi desesperación era tal que cuando leía lo que ya tenía escrito e impreso arrugaba los folios y los mordía, escupiendo los pedazos sobre el suelo.

En aquellos tiempos aún vivía con mi familia. Visto mi comportamiento me echaron de mi habitación, abrieron las ventanas y dejaron pasar la luz y el aire. Pretendían incluso que tomase tranquilizantes. Cuando pude volver a entrar no reconocía aquel espacio. Mis ideas se habían ido con las sombras y el olor a cerrado que reconocía como mío. Los personajes de mis obras habían huido a otro lugar, quizá otra habitación oscura y cerrada. Siempre he pensado que así debe ser el hogar de aquellos seres que, aún con vida, no han encontrado todavía una obra en la que encajarla.

Tuve que irme. Robé los ahorros que mis padres escondían en la casa, llené una pequeña maleta con algo de ropa y me marché. ¿Dónde? No tenía importancia. Era libre.

Hormigas en la boca

Las primeras hormigas aparecieron en ese lugar. Mi nuevo “hogar” era un apartamento diminuto, semisótano, con poca luz. El lugar ideal para mí. Nadie me interrumpía, estaba solo.

Durante ese periodo las palabras surgían desde algún punto dentro de mí, recorrían la distancia hasta la punta de mis dedos y golpeaban las teclas de mi ordenador. Se organizaban en frases y capítulos. No había ataques de desesperación. Los personajes se plegaban a mis deseos y si alguno trataba de desmandarse no tardaba en encontrar la forma de reducirle.

Conseguí escribir mi primera novela. Nada importante, pero tuvo cierto éxito. Yo era el novato que se atrevía a lanzar algo que gustaba y llamaba la atención en el mercado. Durante las entrevistas y las firmas que siguieron al lanzamiento de este libro me mantuve tranquilo. Era casi feliz.

Fue al comenzar mi segunda novela cuando todo empezó a cambiar. De repente las hormigas comenzaron a dejarse ver. Al principio eran pequeños hilos de color negruzco que recorrían el zócalo de la pared, y desaparecían en las esquinas mugrientas de los muros, en algún microscópico agujero. No quise eliminarlas. No molestaban. Yo seguía escribiendo y mi propia escritura me recordaba cada vez más a un camino de hormigas en busca de alimento.

Cada vez estaban más presentes. Trepaban a la mesa, se repartían sobre los folios en blanco, se colocaban en filas, dibujaban formas que se tornaban letras, frases, capítulos enteros. Y debo reconocer que no lo hacían mal. Aproveché muchas de aquellas ideas. Incluso cuando escribía en el teclado me parecía

ver moverse entre las puntas de mis dedos pequeñas hormigas negras que pretendían presionar alguna tecla por su cuenta. Llegué al final de la segunda novela con su ayuda.

En la presentación de ese libro me di cuenta de que no estaba solo. Abría un ejemplar y en la dedicatoria se cruzaba una pequeña hormiga. Otro, y ocurría lo mismo. Nadie se fijaba en ellas, solo yo sabía de dónde habían salido. ¿Formarían parte de una letra? Quizá eran un signo de puntuación. Esperaba que no.

Descubrí una fila de estos pequeños animalitos que bajaba de la mesa recorriendo una pata, y se deslizaba sobre la tarima de madera hacia el hueco de la escalera. Pisé la fila de hormigas con disimulo. Pero por más que lo hacía no parecían sentirlo. Me puse nervioso. Pisé cada vez más fuerte. Empecé a maldecir entre dientes. Mi editora me miró extrañada. Intenté tranquilizarme. Ahora habían empezado a trepar por mi pierna bajo los pantalones, y notaba sus patitas juguetonas. Tenía que olvidarlas. Apreté los dientes y seguí firmando.

Esa noche apenas pude dormir. En casa el suelo estaba cubierto por ellas. Los folios repartidos sobre la mesa se veían punteados con sus cuerpos. Reptaban por el ordenador entre las teclas. Intenté apagarlo y me atacaron dos grandes ejemplares, enganchándose a mis dedos con sus fuertes mandíbulas. Dejé encendido el aparato, me acosté entre las sábanas arrugadas e intenté descansar.

Fue esa noche cuando entraron en mí, estoy seguro. Al despertarme me encontraba pesado, mareado, con una sensación de resaca. Sentía un cosquilleo incómodo en la garganta. Abría

Hormigas en la boca

la boca frente al espejo del baño y allí estaban. Correteando entre mis papilas gustativas, entre los espacios de mis dientes, bajando por la garganta y precipitándose al vacío. ¿Habría trepado alguna por las fosas nasales? ¿Serían capaces de llegar hasta el cerebro?

Aún siguen conmigo. No sé por qué. Convivo con ellas, aunque me resulten molestas. Cuando me siento a escribir fluyen entre mis dedos. Corretean sobre mi teclado y se colocan sobre las teclas que debo pulsar. No me obligan, me sugieren. Yo sin ellas no sería nada. Lo sé. Me lo dicen. Es una simbiosis extraña, lo reconozco. ¿Qué ganan ellas? ¿Es el interior de mi cuerpo un hábitat cómodo? ¿Acaso me he convertido en un hormiguero humano? Lo ignoro.

No me creéis, y yo tampoco lo haría si me lo contaseis. Lo siento, debo seguir escribiendo. Si estoy demasiado tiempo sin hacerlo invaden mi boca y resbalan por mi lengua. Abren sus mandíbulas y pellizcan mis carrillos. Solo puedo dejar que resbalen por mis dedos, se repartan por las hojas, invadan mis teclas y me sugieran historias.

Las dos maletas

José Enrique Cabero Mayo



Había un hombre de barro que pasaba muy temprano por mi calle derramando estrellas con un cesto de mimbre apoyado en el costado, contaba los pasos mientras leía los signos del vuelo de los pájaros en el crepúsculo escarlata, escrutaba la dirección del viento y se guiaba con la posición imposible de las hojas de los árboles.

Me miraban sus ojos un instante cuando adivinaba los míos detrás de los húmedos cristales de la ventana de mi casa y se alejaba calle arriba para volver a llenar su cesto de prodigios.

Había mujeres que se inclinaban ante el silencio y con mansedumbre se agitaban decisivas en cada segundo de luz, aquellas que nacieron ofreciendo su destino forrado con los girones de la vida y abrían secretos y hacían milagros con su esfuerzo.

Relatos finalistas 2024

Con los primeros rayos del sol sobre La Peña se apagan las farolas y en la penumbra aún latente arranca una ambulancia, su sirena rompe los tímpanos del cielo.

A Jesús y a María no les quedan energías para continuar en su casa, la soledad y los años han hecho un pozo inexorable del que ellos solos ya no pueden salir.

Donde hubo frondosos prados pusieron fábricas, derribaron las peñas, horadaron los valles y hoy solo quedan óxidos y heridas.

Delante de la marquesina *grafiteada* se detiene inútilmente el autobús de la línea regular. Las campanadas horarias de las diez en punto asustan a un gato gris que dormitaba bajo un banco descolorido situado en un extremo de la plaza.

A esa misma hora María y Jesús en una habitación de la residencia de mayores tiemblan y se abrazan, antes de acostarse en camas separadas por primera vez después de setenta años.

Por mi calle ya no hay hombres de barro, ni mujeres recogiendo la luz de cada día.

El futuro huyó cuando estuvieron la mayoría de las casas pintadas y todas las calles asfaltadas, el futuro saltó por encima de los bancos del parque y dejó un otoño perpetuo en los jardines pagados.

Un coche con matrícula extranjera llama la atención de los cuatro vecinos que, hablando de sus cuentos, vuelven del paseo vespertino.

Andrés, el hijo de Jesús y de María, conduce despacio por la calle Mayor, detiene el vehículo frente a una casa cerrada y salu-

Las dos maletas

da dubitativo a los cuatro paseantes, que al instante se esfuerzan en recordarle dónde están ahora sus padres.

La cerradura de aquella puerta de nogal se estremece al contacto de la vieja llave. Ya dentro de lo que fue su hogar, mientras se acerca al dormitorio principal, Andrés va recordando lugares y fechas, con sus ojos empañados. Allí abre el armario de cuatro puertas, y descuelga una pelliza de pana con su chaleco a juego, dos mandiles y una toquilla de lana.

Como una advertencia fuera de lugar, suena de pronto la sintonía del teléfono móvil, y al acallarla se oye:

—¡Buenos días, papá! ¿Cómo están los abuelos?

—Bieenn... acabo de verlos... en la residencia...

Esas palabras que suenan con eco.

—Ahora estoy en la casa, la dejaron impoluta y recogeré de ella todo cuanto de verdad necesitamos.

Y se acercó al coche para recoger dos maletas.

Colocó las dos maletas encima de la mesa, la que llevaba en la mano derecha la llenó con una hogaza de pan que llevaba días en la panera, una lata de aceite de la última almazara, unas patatas, piezas curadas de matanza, saquitos con legumbres, harina blanca y un puñado generoso de hierbas aromáticas, luego la cerró con cuidado y le puso un candado. En la maleta que llevaba con la mano izquierda fue colocando los libros que permanecían despiertos por todas las alacenas y por todas las repisas, las fotos en sepia de sus antepasados, cuadernos rebosantes de recetas y refranes, un lápiz astillado, un compás, una regla de madera y un viejo reloj de

Relatos finalistas 2024

sobremesa que previamente puso en hora y fecha, antes de darle cuerda. También colocó en esa maleta la pelliza de pana, el chaleco, la toquilla de lana y los dos mandiles, doblados con sumo cuidado.

Todo fue vertiginoso. Dio un manotazo para cerrar la puerta, volvió a subirse al coche y, al cruzar el puente sobre el río, acercó su mano derecha al bolsillo interior de su chaqueta, afirmó el botón y movió la cabeza satisfecho, asegurándose la llave de la puerta sobre su corazón tembloroso.

Al otro lado de los Pirineos lo estaban esperando los más jóvenes de su familia, y al llegar, con una mueca complaciente, les ofreció la maleta de su mano izquierda.

—¿Y esa otra? —preguntaron intrigados.

Sin vacilar un instante, como si estuviese esperando la pregunta, les respondió:

—En esa que os ofrezco va el futuro, en esta otra está la vida.

Luisa

Pedro Gallardo Torrano



La tía Luisa era de mármol. A lo largo de su vida su piel había ido integrando las estrías y los colores de la piedra hasta desembocar en un blanco marfil que, pese a sus setenta años, aún brillaba a la luz del sol.

Durante los diez primeros meses de cada año sobrevivía a los vaivenes del tiempo, igual que durante los últimos diez años había sobrevivido a los vendavales del espíritu.

En su retina pervivía la imagen desleída de su gran amor, que nunca supo que lo era. Tras décadas de silencios y miradas paralelas aprendió a vivir con lo que no tenía, y a no esperar lo que nunca vendría. Vacíos eternos que ya no hacía falta llenar. Diez años y la imagen real se fundió en negro. Luego, la tez de la tía Luisa dejó de flirtear con las texturas para detenerse en el blanco roto.

Relatos finalistas 2024

A finales de cada mes de octubre, “para evitar el circo”, como solía decirse en sus momentos más cínicos, buscaba un día y una hora para su cita otoñal. Lejos de aglomeraciones florales y recuerdos asfixiantes, se dirigía entonces al cementerio con la paz que da el no esperar nada y la vieja rebeldía que no acepta sobornos.

Diez años son muchos hasta para querer. Cuando él desapareció, lejos de lamentar su pérdida la sintió como una liberación. La cadena invisible que la ataba a él se rompió víctima del óxido. Sin embargo, la costumbre de visitar el cementerio arraigó como una planta sin flor.

El cementerio, a las afueras de la ciudad, tenía una disposición cuadriculada, con avenidas rectas sin asfaltar, islas perfectas y un perfil sinuoso. Con los años, las modas habían cambiado, las posibilidades ya no eran las mismas, y las necesidades exigían su precio. Así, junto a mausoleos en forma de capilla, con altar incluido —piedra eres, pero en polvo te convertirás—, habían florecido rascacielos de nichos —polvo eres, pero en olvido te convertirás—, y al lado de estos, pequeñas torres para urnas de ceniza —si polvo fuiste se lo llevó el viento.

La tía Luisa se movía a sus anchas entre las sombras y los silencios. Su pasatiempo favorito en los días de visita consistía en dejarse llevar entre las piedras para detenerse, sin razón aparente, frente a una lápida; observarla para ver el nombre de su morador e imaginar la vida que habría tenido. Poco importaba si la lápida hablaba de unos meses o de un siglo. A la tía Luisa le bastaba con saber si era Daniel, Josefa, Martina o Andrés. A

Luisa

veces, incluso se encontraba con Rose, Helmut, Stephen o Melanie, y las historias se multiplicaban como las avenidas del cementerio, pero con formas más tortuosas.

—Darío —leyó un día mientras sonreía. “Nadie te lo dijo, pero hacer las Américas no era escribir boleros bajo los magnolios.” Y empezó a canturrear.

A estas alturas, la tía Luisa estaba segura de que Darío tuvo un encontronazo con su padre, que quería que fuese abogado para llevar la fortuna de la familia. Pero Darío amaba la música y se fue a La Habana. Allí trabajó cargando balas de algodón, alquiló un piano y empezó a componer. Luego vinieron los conciertos, el éxito, el humo, el sudor, el ron y el tifus. Sus padres no llegaron a tiempo. En realidad, el cuerpo nunca fue repatriado, pero el mausoleo acalló voces, penas y reproches.

La tía Luisa siguió caminando hasta detenerse frente a Felisa.

Una mujer con ese nombre debía de ser una solterona. De joven tonteó con dos o tres mozos que le ofrecieron oro a cambio de su tesoro. Pero ella siempre se resistió en espera de ofertas mejores; tanto, que al final los jóvenes, hartos de miseria, emigraron a una colonia industrial del norte y dejaron de pensar en sus orígenes para concentrarse en comer para trabajar, y en trabajar para poder comer. Y Felisa intentó meterse monja, pero la fe ya la había abandonado, como los mozos de su juventud.

“Qué pena”, pensó la tía Luisa. “Si se hubiera ido a coser al norte, habría podido conocer a Darío. Con lo rebelde que él era, y con su vena artística, se habría prendado de su piel blanca y le habría compuesto un bolero. Pero no uno cualquiera, uno de esos

baratos que se cantaban en las fiestas mayores de los pueblos, mientras las manos de los mozos batallaban contra el pudor de las caderas de las chicas. No. Un bolero rasgado, ardiente, feroz y despechado porque Felisa apagaba el fuego con el agua de la indiferencia.”

Al oír el bolero por primera vez, Felisa se rindió. Se entregó a Darío con vehemencia y desespero. A las pocas semanas, Darío renunció a ser abogado y Felisa guardó sus pocas pertenencias en un hatillo. Juntos llegaron a La Habana. Juntos intentaron obviar lo evidente. Felisa no viajó sola, pero se quedó sola al nacer el niño. Como pudo, organizó su vida para intentar volver. Pero no lo consiguió. Su familia hizo plantar una lápida en el suelo para recordar que ya habían olvidado que la fosa estaba vacía.

—Walter —leyó la tía Luisa. “No se puede tener un nombre rubio y la piel del sur.” Quería ver mundo y llegó en un tren marrón que flotaba entre vapores blancos. Cuando apareció, las chicas lo devoraban con la mirada, las más atrevidas. Al cabo de unos meses Walter decidió echar raíces, porque hasta el éxito aburre y el mundo se acaba pronto para quien lo tiene a sus pies. Pero los años pasaron y Walter enfermó de tedio. Los trenes ya no llegaban, el vapor se tornó gris y la tristeza le cambió el color del pelo.

La tarde avanzaba inexorable y a la tía Luisa le dolían los tobillos. Sus medios tacones defendían con orgullo una figura todavía erguida, pero en su bolso gastado ya no cabían más recuerdos. Se sentó en un banco, junto a un sauce, y perdió la mirada mientras decidía si era piedra, polvo, olvido o ceniza.

Luisa

“Si Walter no hubiera perdido la cabeza por un bolero barato”, pensó la tía Luisa, “quizás habría conocido a Felisa, antes de marcharse a La Habana.”

Una brisa sutil empezó a jugar con el sauce y la tía Luisa decidió que era hora de fabricar más sueños. Con la lenta prudencia de los años se incorporó del banco y fijó su mirada en una columna individual de mármol rosado que cobijaba cuatro lápidas pequeñas, como de juguete. La tía Luisa dudaba si la humildad y el tamaño de la lápida habían tenido una batalla antes de morir o fue una imposición de los vencedores.

Angelina, Lucas, Ernesto, Marisa. “Todos con menos de sesenta años”, notó la tía Luisa. Después se preguntó si los cuatro se habían conocido, si habían tenido tiempo de descubrir otras vidas y si habían esquivado los traumas de la niñez.

Sí. Angelina y Marisa eran amigas de siempre. Lucas y Ernesto eran vecinos de años. En el pueblo no se relacionaban. En la ciudad, la soledad les unió en una combinación infeliz. Angelina acabó casándose con Lucas. Ernesto desapareció en busca de otro escenario, y Marisa aprendió a vivir consigo misma y la felicidad de los otros. Pero el tiempo es cruel y la vida un momento. Los familiares decidieron respetar la proximidad de sus vidas. Mandaron incinerar los cuerpos y apilaron juntas sus cenizas.

Los tobillos de la tía Luisa volvieron a protestar, y se sentó de nuevo. Su mente se dejó envolver por la melancolía cuando comprendió que la vida de Marisa se parecía demasiado a la suya, pero con veinte años más de sombras. Para evitar el frío que empezaba a invadirla, trató de cruzarse con Walter, que hacía

Relatos finalistas 2024

tiempo que no era feliz. También con Angelina, que se había quedado con Lucas, pero sin pasión. O con Darío, que podía haber sido un gran abogado pero se empeñó en componer boleros. Mientras, a unos cuantos metros, Ernesto sonreía con sorna.

La tarde llegaba a su fin y la brisa se volvía arisca. Entre las hojas de los árboles los recuerdos suspiraban y en el suelo, discretamente, el tiempo ya dibujaba remolinos de polvo.

Mooresville

Esperanza Castro Villoria



Mooresville enmudeció. Los muebles aparecían por las habitaciones como testimonios espectrales de su último recorrido por la casa.

Es el momento que abandones Mooresville, Jacinta. Deja que la vegetación estalle por las ventanas y entre las baldosas. Que la habitemos nosotras, acompañadas de las polillas y los gusanos. Deambularemos por las habitaciones, por el jardín descuidado y por los campos de algodón secos. Ahuyentaremos a cualquiera que se deje seducir por la miel de los atardeceres y las nubes tejidas por el alisio, hasta que se haga justicia y podamos descansar en paz.

No me gustó la decisión de su padre de trasladarnos a un lugar tan alejado, pero las súplicas de la señora y la estimación por usted me convencieron. Una vez aquí, el espacio amplio y luminoso arrullado por el río y las melodías que llegaban de los algodones acabó por conquistarme.

Relatos finalistas 2024

Me han salido las canas en el porche de esta casa, mecida por la vida que la habitaba. Ahora vacía y callada, los recuerdos me golpean. Cuando me ofrecieron trabajar para su familia no dudé en convertirme en la criada negra de los Morelli. Necesitaba dinero, vaya si lo necesitaba, y un techo bajo el que vivir dignamente; además, servir a una familia de extranjeros, que luchaba sin tregua para abrirse camino en estas tierras, me llenaba de orgullo. Eran fuertes y tenaces, sí señor, aunque con el tiempo sufrí en mi propia carne la ambición despiadada con la que conseguían sus deseos. Así se adueñaron de estos campos y de las vidas de quienes trabajábamos en ellos.

Aquí creció usted, Morelli júnior, alto y desgarbado, con un largo flequillo lacio y negro que ocultaba un ceño siempre abatido, y una timidez que yo adoraba con disimulo. Durante los años de juventud parecía alimentarse solo de las letras y de las hojas de los libros de leyes. Yo siempre tras de usted. “Ande, coma un trocito de este pastel, bizcocho de naranja con chocolate; si no come, se va a poner enfermo.” Y siempre la misma respuesta, con palabras educadas y sin levantar los ojos de los libros. “Gracias, Jacinta, ahora no tengo hambre, guárdelo para el almuerzo, de postre.”

Mientras los demás jóvenes se divertían, usted estudiaba y estudiaba. Mientras los otros eran unos holgazanes que vivían a la sombra de sus padres, usted se convirtió en un respetado abogado. Sin embargo, el día de su graduación, cuando todos volvieron a casa entre risas y felicitaciones, vi en la mirada, hasta entonces cansada y melancólica de sus enormes ojos negros, un destello de la ambición maliciosa de su padre.

Mooresville

Con intuición, trabajo y falta de escrúpulos, su familia consiguió dinero y poder. Eso le abrió la puerta del despacho de abogados más importante del condado; su primer trabajo.

Cada mañana, al cepillarle el traje, notaba cómo su cuerpo se erguía día a día, como se redondeaba después de disfrutar de los guisos y postres que le preparaba. Cómo la mirada huidiza de tantos años se volvía altiva y cada vez más oscura, bajo sus cejas pobladas.

Me extrañó la discreción alrededor de la muerte de sus padres. Eran personas conocidas y muy influyentes en esta tierra; sin embargo, su entierro se hizo casi a escondidas. Pensé que la tiranía con la que su padre trataba a familiares y sirvientes era el motivo, pero su respuesta a mi pregunta me puso en alerta. “En mi nueva posición, es mejor no recordar demasiado mis orígenes.” Estaba claro que a su cargo recién estrenado como juez del condado no le convenía ni su origen humilde ni el de extranjero.

Poco después, la casa se vistió con sus mejores galas para la boda. Corrían nuevos tiempos. La señorita Elisabeth Clarke, hija de uno de los grandes terratenientes de la zona, ¡casada con el hijo de un inmigrante italiano! El padre de la muchacha accedió a la boda para lavar su pasado esclavista; todos los negros lo sabemos. Desde la ventana de la cocina abierta de par en par a los campos, a los cánticos y al perfume del jazmín, lloraba de emoción como si fuera mía la conquista. Las celebraciones con personas influyentes se sucedían a diario para dar a conocer el compromiso. “Jacinta, hoy todo tiene que estar perfecto, tenemos como invitado al señor James Wilson, el gobernador. Tengo mucho interés en darle una impresión excelente.”

Relatos finalistas 2024

Una ambición voraz iba adueñándose de usted, lo notaba en cómo había cambiado el tono de su voz, antes bajo y cálido, y desde la graduación cada vez más exigente y afilado.

Al casamiento le siguieron las reuniones a puerta cerrada con todas aquellas personalidades, las cenas y los compromisos con las familias más ricas, y la usual presencia del señor Wilson en la casa, sin un motivo aparente que la justificara. Y esta vieja negra olió en el aire húmedo y electrizado de aquel verano que la dicha no duraría mucho tiempo.

Cuando nació Angélica, las tormentas no daban tregua, anegando tierras y arrastrando con ellas buena parte de la alegría de la casa. A pesar de sus esfuerzos por mostrarse comprensivo y amoroso, desde que su hija nació la quiso borrar de este mundo. Su cuerpecito contrahecho y el corazón tan débil fue su cruz, señor Morelli, llevada en silencio pero con resentimiento. Cuando nació Jeremy, nuestra Angélica se volvió cada vez más invisible para usted. Cierro los ojos y veo la fotografía que presidía el comedor desde la vitrina. La señora Elisabeth, con un vestido blanco de organdí, rodeada por sus brazos, de la mano de Angélica y Jeremy. Nada hacía presagiar un destino tan cruel.

Sí, Holland Morelli, la ambición le perdió. No tenía suficiente con ser un buen abogado, ni tener cargos importantes, no. Usted organizó aquella cena con el gobernador del condado, el señor Wilson, para conseguir la plaza de juez federal. Usted amaba a la señora Elisabeth, pero también sabía que ella era una buena baza para sus objetivos: inteligente, educada, guapa y elegante. Aquella fatídica noche, después de las palabras vacías de bien-

Mooresville

venida y los brindis hipócritas, ofreció alcohol a aquel hombre hasta que perdió la poca conciencia que tenía, y entonces le presentó los documentos para que los firmara, y los firmó; había conseguido su ansiado cargo. Con la cara abotargada por el calor y por todo lo que llegó a comer y a beber, se le desataron todos los demonios en su cuerpo grasiento, y sus monstruosos miembros fueron a parar al cuerpo de la señora Elisabeth. Se lanzó sobre ella como un chacal. Inmovilizada sobre la mesa le arrancó el vestido, la manoseó y la golpeó mientras babeaba sobre ella.

Cuando usted volvió con la escopeta tenía el combate perdido. En mi vida he visto escenas espantosas, pero nunca tan abominables como el cuerpo de la señora reventado por su disparo equivocado y el despojo humano en que se había convertido el del gobernador, atravesado por los balazos que usted le disparó.

¿Qué le trastornó de aquella manera, señor Morelli? Tal vez un sentimiento de inferioridad por sus orígenes, o la frustración por el nacimiento de Angélica... Su cuerpo deforme y ese mundo suyo que tan pocos entendían, usted menos que nadie, le impedían gozar de su brillante carrera, ¿verdad, señor Morelli? Pues ya ve, lo perdió casi todo. A su esposa, a su pobre hija, cuando su corazón no resistió la muerte de su madre, la casa y todo su prestigio.

La vista se me nubla al mirar el camino que se abre en este porche hasta partir en dos el horizonte. Le veo desdibujarse a lo lejos, de la mano de Jeremy, con paso desmembrado, retorcido por la culpa y la desesperación, cuando la mañana empezaba a meterse por todos los rincones de Mooresville.

Relatos finalistas 2024

Y ahora ha llegado el momento de que yo también deje la casa y estas tierras. Dejar que la vegetación estalle por las ventanas y entre las baldosas. Que la habiten ellas, acompañadas de las polillas y los gusanos. Que deambulen por las habitaciones, por el jardín descuidado y por los campos de algodón secos. Que ahuyenten a cualquiera que se deje seducir por la miel de los atardeceres y las nubes tejidas por el alisio, hasta que se haga justicia y puedan descansar en paz.

Tarde de domingo

Julián Manuel Fuentes Ortuño



Allá por los principios de febrero, un domingo cualquiera, aparecía en la plaza del pueblo el tiovivo. Se presentaba bien abrigado, como para combatir el frío, cubierto por lonas remendadas. La sombra oscura, venida de cualquier parte, ocupaba una de las esquinas de la plaza, tal vez para distinguirse, o para protegerse de los desmanes de la tumultuosa chiquillería.

Todos los pilluelos que corrían de acá para allá, persiguiéndose y empujándose, sabían ya qué era aquello que se les ocultaba. En un santiamén formaban un corrillo en derredor, expectantes, a la espera de que le quitaran los tapujos al bulto. Atentos, quizá esperaban ver algún cambio desde el año pasado, y también del anterior, y del otro y el otro.

Pero, como de costumbre, aquello seguía siendo un tiovivo de pobre y carecía de motor. Hacía andar el traqueteante artificio la sola fuerza de los brazos del encargado. El trasto roñoso

resultaba tan desaliñado a la vista como los tiernos clientes que lo venían a acechar tras la primera vuelta de reclamo. Cada uno suspiraba por subirse a la máquina y cabalgar uno de los animales –potrillos, patitos, marranitos– atados a los hierros del armatoste.

Mas ¡ay!, apenas unos céntimos marcaban la diferencia entre el gozo y el desencanto, entre verlo girar de continuo y ocuparlo para un viaje a algún territorio oculto. Muchos se relamían imaginándose trotar sobre ese o aquel torpe jamelgo agarrado a sus crines pintarrajeadas, o a horcajadas sobre el redondo cerdito aferrado a sus orejas. Porque la tropilla tomaba las maravillas de los bichejos como si fueran de verdad. Cuando el tibio sol de la tarde suavizaba los toscos contornos de tanto prodigio encadenado, sus perfiles de colores chillones cobraban vida. Tanta como para que, a ojos de más de uno de los del corrillo de hipnotizados por las revueltas, alguna de las siluetas fuera a desengancharse de los grilletes y a escapar, libre, y a triscar por la plaza.

Venido del confín del pueblo, un mocosuelo acudía todos los domingos a la plaza con el alma limpia para descubrir el mundo. Para él los señuelos del tiovivo recién aparecido eran seres vivientes, fantásticos pero reales. Con ellos imaginaba habitar una región milagrosa donde saciar su hambre. Porque cuando se veía sobre uno de aquellos minúsculos asientos, piernas colgantes y ojos cerrados, sentía la ingravidez de la rotación y su cuerpecillo se inundaba de un gran bienestar, con olvido de todo lo demás.

Tarde de domingo

Pero aprendió a no tardar la brevedad del placer. Cuando el impulso del último giro menguaba, lo hacía también la embriaguez, el cuerpo ganaba peso y aparecía la tierra que debía volver a pisar. ¿Qué fue el viaje, un soplo o un siglo? No lejos, se arracimaba el grupo de famélicos a los que se dirigía cabizbajo, mientras rebuscaba en los recovecos de la ropa el viático que no tenía para catar otro viaje más, nueva posta y hospedaje en el confin del que acababa de regresar.

Sin embargo, no faltaban días en que, como otro depauperado cualquiera en el corro, se tanteaba los fondillos, nervioso, sin oír el tranquilizador entrechocar de la magra calderilla, las cuatro perras que valía un viaje –cuando las perras eran perrogordos y perras–. Sería otra tarde desangelada, de espera anhelante sin objeto, en que notaba crecer la envidia al compás del desencanto. Veía en los rostros de los afortunados centauros de ocasión reflejada la voluptuosidad que a él se le negaba. Y todo porque no podía depositar en la mano sucia y callosa –zarpa innoble que atrapaba el botín para que no se le arrepintieran– los cuatro cuartos que no tenía. Eran momentos en que a la desazón se le juntaba la rabia, sumadas a algo desconocido que lo martirizaba. Esos días su extraño disgusto le hacía mirar atravesado al encargado.

Era el individuo un hombre moreno, cenceño, malencarado, mal afeitado y con malas pulgas siempre. Llevaba un bigote de puntas afiladas que prestaba un tajo seco, entre amenazante y melancólico, a una cara escueta de hombre mal comido. Malas pulgas que exhibía de continuo al terminar cada viaje. Sucedió siempre que más de un desahuciado aprovechaba la pausa del

tiovivo para ocupar el lugar que el de pago dejaba libre. El descarado de fortuna tanteaba su suerte. Nunca se daba. El furibundo encargado movía la rueda para acercar al que, lejos, disfrutaba algunos segundos encaramado al asiento vacío, como perro que roe un hueso mondo, mientras empuñaba una tralla. Con ella despejaba la máquina de moscones aprovechados en un santiamén, sin pronunciar palabra.

Claro que, en ocasiones, podía llegar una tarde afortunada. Golpe de suerte que le llenaba los bolsillos más de lo habitual. Esa tarde podía disfrutar de los gozos de otro movimiento: el cine, el lugar de todos los paraísos, allí donde tantas vidas mejores eran posibles; donde se podía ser habitante de tierras que manaban leche y miel, como un día oyó decir en la iglesia al cura.

Sentado en la butaca a oscuras, durante mucho, mucho tiempo, los giros del chorro de luz producían acontecimientos capaces de borrar la insatisfacción de los días vacíos que tanto menudeaban en su corta vida. Era un movimiento mucho más duradero que el del tiovivo, aquí lleno de gestos suaves, palabras dulces, personajes novedosos, sorprendentes; como también de aventuras, hazañas sobrehumanas en batallas en las que siempre salía vencedor el héroe con el que se identificaba, entre brillantes colores. Algunas pocas veces, se tropezaba con mujeres extrañas y turbadoras que terminaban por lacerar el ánimo con poderosos influjos que duraban mucho tiempo; que le servían de aguijón cuando las volvía a rumiar. En momentos así, se apoderaba de su cuerpecillo flaco una agradable laxitud, semejante al cosquilleo incipiente que le sobrevenía en un tris

Tarde de domingo

con la primera vuelta del tiovivo, para desmandarse y crecer y confundirse entre la algarabía interior.

Muy bien dispuesto para la aventura de esa tarde feliz, se quedaba un buen rato a la vera del tiovivo, contemplando los remolinos de cada giro de la rueda, dejando el alma libre de taras. Contra el barullo del tiovivo, la inmovilidad absorta del que ha abandonado el lugar y espera viajes intensos más prolongados. Hasta que lo llamaba el retumbar de los altavoces del cine cercano, con los primeros compases de la cítara de Antón Karas en “Recuerdo florido”. Era la hora de sacar la entrada para el programa doble anunciado, avivada la retina con el recuerdo de las imágenes policromadas pegadas en la cartelera, colgada en alguna encrucijada del pueblo. Imágenes punzantes que cabrilleaban en el magín de sus fantasías a razón de cada fotografía que rodeaba el cartelón de papel barato.

Pero no siempre las películas eran en color. También había cine de pobre.

Sucedió un domingo común y corriente como tantos. La pantalla de ese día se llenó de oscuridad y de extraños amores desgraciados que no terminaba de comprender. En un golpe de magia, asombrado, descubrió que el protagonista con aquellos bigotes era el tipo del tiovivo. Estaba transformado, pero era él sin duda. Vestía en la cinta ropas blancas holgadas y se tocaba con un gran sombrero de paja de alas levantadas. Miraba todo el rato el cielo como si fuera a alzar el vuelo. Como si esperara la lluvia. Como si persiguiera los revoloteos de algún ave de altanería.

Sin perder de vista la pantalla, arrebuñado en la butaca de

madera, no dejaba de alimentar su extrañeza con preguntas: ¿cómo había logrado aquel hombre de poco la proeza de atravesar la pantalla? ¿Cómo pudo darse tanta prisa, entre empujón y giro del tiovivo, de disfrazarse y volver luego? ¿Cómo era que vestía tan diferente, tan blanco y limpio? ¿Era el tiovivo, en sus alocados virajes, el que lograba el portento? Preguntas que no hacían más que aumentar el asombro inicial, a la vez que, sin despegar los ojos de la pantalla, se confirmaba la certeza: el protagonista de la historia que allí mismo tenía lugar era el del tiovivo. Su cara era la misma, bien que ademanes y carácter diferentes a los que adoptaba afuera, cuando impulsaba la rueda; cuando miraba amenazante a los traviesos aprovechados.

Concluida la función, el pequeño remoloneó un tanto ante la pantalla en blanco y al salir ya era noche cerrada. Los pájaros, en lo oscuro de las siluetas de los ficus, recogidos en su espesura. Apenas algún que otro temblor en la fronda a raíz de un tenue aleteo sobresaltado. Allí en su rincón, entre tinieblas, el tiovivo no era más que un espectro quieto, cachivache inmóvil, eclipsado su hechizo. Igual ocurría con el edificio que se veía forzado a abandonar: un recinto lóbrego y maloliente quedaba atrás ahora, castillo prodigioso y resplandeciente antes. La hora de las ensoñaciones, cual pájaro tardío, buscaba cobijo en su escondite más sombrío, con ánimo apesadumbrado.

Mucho más tarde, alcanzada la madurez, con lastre en sus pies, ese zagalillo caería un día en la cuenta, reavivados los recuerdos, que el protagonista de la cinta mexicana rescatada del olvido no fue el encargado del tiovivo, no. El personaje

Tarde de domingo

de la historia lo encarnaba, entre violentos claroscuros, Pedro Armendáriz, mano a mano con Dolores del Río o María Félix.

La imaginación del hoy adulto se empeña vez tras vez –cruel cabritería– en desollar los recuerdos. Recuerdos de cuando el vientre de la ilusión era incapaz de parir nada que no fueran quimeras, bálsamo de las heridas de una vida insulsa. El niño, ahora hombre gastado, ha dejado atrás las jugarretas todas de la imaginación desbordada, presta entonces y en permanente ebullición. Unos ensueños inocentes sin más límites que el de la propia fantasía. Capaz, de tan potentes, de hacer verosímiles –sin el menor esfuerzo de la voluntad– los viajes de ida y vuelta a la velocidad de la luz. Capaz de colmar cada vacío con el vigoroso jugo de las fábulas.

El despojo final que queda entre sus manos lo contempla hoy en silencio, con humor, revuelto con su sonrisa a medio mogate. Sabe que no es posible –y no le está permitido– retomar adonde antaño. El sol crudo de su vida lúcida ha derretido, un día sí y otro también, la cera de las alas del Ícaro infantil.

Triángulo escaleno

Pedro María Díaz Pedrosa



Ella

Cinco novios después, Jacinta encontró por fin a su príncipe azul. Cansada de arrastrar los cuarenta y cinco años con la única compañía de su gato, puso en marcha la estrategia del *Manual de seducción*. Funcionó. El individuo, un apetecible maduro de parecida edad, recogió el pañuelo que ella lanzó al suelo fingiendo un descuido. Sonrió al darle las gracias. Compartieron película, y a la salida, él ofreció su coche. Aceptó encantada. El Cadillac dorado con asientos granates reclinables era una magnífica señal. Una hora después, al volver a la posición vertical, el sofoco interior y el temblor de piernas confirmaron a Jacinta la validez del sujeto. Una felicidad quinceañera inundó su vida. Cambió de peinado, de ropa y de ideas. Para el segundo encuentro, el estómago se le llenó de mariposas, única ingesta del día porque había decidido bajar dos tallas. Se maceró

en agua de rosas, repasó la sombra de ojos y ajustó con precisión la liga de lentejuelas que el libro recomendaba para un encuentro fogoso. La cita superó el listón de la primera. Quedaron para una tercera.

Treinta minutos antes de la hora acordada, se apostó en la terraza con una estudiada pose de actriz de cine negro, lanzando una triunfal bocanada de humo que despertó la envidia de las vecinas de enfrente.

Tres horas más tarde, desnudaba su muslo de la única liga que conservaba, vaciaba en el retrete el frasco de agua de rosas y lanzaba a la basura el *Manual de seducción*.

Él

Dionisio dejó la chaqueta en el asiento y acomodó la funda de las gafas de sol en la guantera. Las lentes de espejo le daban un toque Tarantino muy adecuado para el momento. En la radio, Springsteen clamaba con voz aguardentosa. Bajó la ventanilla y se unió al estribillo chapurreando un inglés macarrónico. La tarde pintaba bien: unas cuantas manos de póquer dejaron en cueros a cuatro pardillos y el abultado bolsillo pedía aventura.

Detuvo el *Cadillac* dorado con asientos granates reclinables en el aparcamiento del centro comercial y lo deslizó suavemente en el único hueco que quedaba. Eligió una película y aguardó trasteando con el móvil. Entonces vio el pañuelo en el suelo. Al alzarse, se sintió cautivado por unos tiernos párpados caídos. Fue un flechazo mortal. Unas horas más tarde, los sensuales labios de aquella diosa hacían que el sexo esca-

Triángulo escaleno

lara hasta la cumbre de su lista de adicciones. Acordaron un nuevo encuentro.

De regreso a su casa, lavó a fondo el coche, llenó el depósito y lo dejó perfectamente aparcado.

En la siguiente cita, alcanzó el éxtasis al quitar con los dientes una de las ajustadas ligas de su ninfa, a pesar de que le rozó la cara provocándole un ligero corte. Despidió la noche aplicando de nuevo el triple programa al vehículo.

Pero la ilusión por la tercera cita se desvaneció cuando comprobó que el Cadillac ya no estaba en su lugar habitual. Aceptó la jugada del destino y buscó un garito.

Aquella noche perdió.

El Cadillac

No hubo problemas con el reparto de la herencia. A Marcial le correspondieron la casa de la playa y el Cadillac dorado con asientos granates reclinables. El coche siempre fue un emblema familiar, ostentoso símbolo que demostraba al mundo cómo triunfar cuando se hacen negocios turbios.

Cuidaba el vehículo como si fuese un apéndice motorizado, una prolongación metálica de su cuerpo. Por eso, la mañana que descubrió que no estaba en su aparcamiento, sintió una dolorosa amputación. Denunció el robo con la esperanza de recuperarlo, pero al ver la cara del comisario pensó que debía acostumbrarse a su ausencia y comenzar el obligado duelo por tan sensible pérdida. Dejó de comer y creyó que su vida carecía de sentido.

Relatos finalistas 2024

El mismo funcionario lo rescató de la depresión posrobo dos días después, al informarle de la aparición del automóvil. Resucitó su ánimo y recuperó la confianza en el género humano cuando comprobó que el ladrón devolvía el botín reluciente y con el depósito lleno. Pero su alivio solo duró una semana.

La historia se repitió como una pesadilla, calcando el episodio anterior: robo y posterior devolución en perfecto estado y repleto de combustible. Además, esta vez, el coche llegaba envuelto en un penetrante perfume de agua de rosas, con un inesperado símbolo erótico olvidado bajo el asiento trasero.

Marcial puso fin a su angustia comprando una plaza de garaje.

Aquel mismo día, guardó la liga con lentejuelas en un cajón de su despacho; le recordaba demasiado a Jacinta, su primera novia.

**Microrrelatos
finalistas
2024**

A cada uno lo suyo

Ester Marina Sanz Martín



El empeño por explicar la clasificación de los insectos nos tenía aburridos. Hay que distinguir los señoriales coleópteros de los melifluos lepidópteros, las mariposas, dijo ante nuestras caras de aburrimiento. Exaltado, se puso en pie y fue mudando sus gafas por antenas, a la vez que desplegaba unas negras y membranosas alas surgidas de debajo de su bata. No hubo más explicación, tras escribir en el encerado los putos deberes del finde, revoloteó por encima de nuestras cabezas, chocó con el cristal de la ventana y terminó saliendo por debajo de la puerta.

Cuando volvimos el lunes... habían fumigado.

“Ora et labora”

Alberto Jesús Vargas Yáñez



Siempre que se presenta la ocasión cambia la austeridad de la sotana por ese disfraz de bombero con el que enciende pasiones en las despedidas de solteras. Nunca defrauda. Ellas se divierten con su actuación y él se alegra por los necesitados de la parroquia cada vez que una mano de mujer le deja un billete en la goma del tanga.

Tarde de playa

Pedro Conde Luque



Se ríen de mí, mis amigos se ríen de mí. Aprovecharon la siesta para enterrarme en la playa hasta la cintura y dejarme como un tronco que mira el horizonte. Ahora se ríen y hacen chistes, se doblan y retuercen de la risa. Uno me pregunta si no pienso hacer nada para desenterrarme, y me advierte de que si me quedo allí la marea subirá y me ahogará. Es fácil decirlo, los conozco, sé de lo que son capaces y tengo miedo de empezar a desenterrar unas piernas que es posible que no estén allí.

Victoria

Rosa María Sánchez Sánchez



Definitivamente hemos derrotado al diablo.
Le convencimos de la inexistencia de Dios.

Pódcast finalistas 2024

Accésit

Ángeles

Lourdes Ramírez Sevilla

Agustina del Borge,

Rafael Salas Gallego

El bañador amarillo,

Joaquín Martín Gordo

Lo que el tiempo se llevó,

Rosalía García Ortiz, Juan José Martín Martín

y Fernando Gutiérrez Caballero



Accede a
los pódcast
finalistas y
ganador 2024

El Concurso de Relatos escritos por personas mayores que organiza la Fundación "la Caixa" en colaboración con Radio Nacional de España pretende fomentar el hábito de la lectura y el uso de la imaginación en las personas mayores, así como hacer visibles y compartir con la sociedad sus habilidades, conocimientos y valores.

Los relatos escritos por personas mayores son el reflejo de sus vidas y del conocimiento acumulado en años de experiencias, y también de cómo observan nuestra historia y nuestro tiempo.

Programa de Personas Mayores

Con la colaboración de

rne

a través de su programa *Juntos paso a paso*



Fundación "la Caixa"